

A painting of a man and a woman in a landscape. The man is on the left, seen from the back, wearing a light-colored, textured jacket. The woman is on the right, facing him, with long, dark, wavy hair and wearing a light-colored, textured dress. The background is a textured, greenish-blue landscape. The overall style is expressive and somewhat abstract.

Esther Mor

AMOR,
ÚLTIMA
LLAMADA

AMOR, ÚLTIMA LLAMADA
Esther mor

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, o por cualquier almacenamiento de importación o sistema de recuperación sin permiso escrito del autor.

ISBN 9781549725418

® Número de Registro SafeCreative 1707283157993

© Esther Mor

Primera edición: 2017.

Índice

ÍNDICE

LIBERACIÓN

LA BODA Y EL SILENCIO

UNA CENA Y UN PASEO

LA FIESTA YA NO ES FIESTA, SIN ELLA

NO ES UN DOMINGO CUALQUIERA

MENSAJES PARA UN SEGUNDO ENCUENTRO

EL ALMUERZO COMPARTIDO

MALENTENDIDOS, O NO

CONFESIONES NO SIEMPRE FUERON BUENA IDEA

INFIERNO EN LA OFICINA

OTRO PASO ADELANTE

BIENVENIDA EN EL AEROPUERTO

CAFÉ A CAFÉ

ENCUENTROS ¿CASUALES?

VERGÜENZA Y DESVERGÜENZA

PACTOS SECRETOS

UN BESO PUEDE CAMBIARLO TODO EN UN SEGUNDO

PENSAR O NO PENSAR

DESPUÉS

TRAICIÓN

EL MOMENTO DE DESTAPAR SECRETOS

UNA VERDAD DOLOROSA

CRUELES

DESPERTAR DEL SUEÑO

DEJARSE LLEVAR POR PRIMERA VEZ

LA CULPA QUE ME PERSIGUE

PROGRESAMOS, ES POSIBLE

AMAR

AGRADECIMIENTOS.

A mis chicos, Jordi, Pau y Biel, mis motores

Liberación

El despacho es casi tan aséptico como el resto del edificio. Blanco immaculado. Blanco en las paredes, blanco en el mobiliario, blanco sobre blanco.

Los dos hombres se saludan con un apretón de manos que encierra un mutuo respeto. Se encaminan hacia la mesa y cada uno se sienta a un lado de la misma. El profesional, en su posición natural, tras el escritorio. El paciente, al otro, nervioso. Ha llegado el día de desvelar todas las dudas.

—Pues ahí tienes el informe. —El médico tiende una serie de papeles a Álex, con una gran sonrisa. Se pasa la otra mano por la cabeza, coronada por una incipiente calva, mientras observa como su paciente los recoge. Él, casi como quien no cree lo que le están contando, toma los documentos entre sus manos y los mira. No importa lo que hay escrito.

No entiende esos términos, los datos reflejados no dicen nada a sus precarios, casi nulos, conocimientos médicos, así que tanto da. Lo que dice el doctor es lo importante. El primero parece satisfecho de su buen trabajo; el paciente, incrédulo, observa las tablas y escucha mientras peina con los dedos su cabello, no en exceso largo, pero lejos de ser corto. En relativo corto tiempo, ha mutado su color, de un gris perlado en algunas zonas. Novedad al sobrepasar la treintena, descubiertas con rabia las primeras, ahora ya se ha acostumbrado, e incluso le gusta la forma en que le quedan.

—¿Y ya está? —En su voz hay miedo, lo pasado los últimos meses pasa factura. Debería aceptar las palabras del especialista y dar gracias, pero en su interior la incertidumbre se hizo un lugar, se ha aferrado a él, y no se irá de un día para otro. El doctor lo sabe, es normal en casos como el suyo. Muchos días de lucha, de no dejarse vencer, de valentía al cuadrado para resistir.

—Si no hay nada extraño, deberás volver en unos doce meses. Revisión de rutina. No tiene por qué haber nada más. —El profesional intenta convencer al hombre sentado ante él, que ojea una y otra vez los resultados de las pruebas— No des más vueltas a los papeles. Está perfecto.

En su cabeza reverberan y se hacen poderosas las ideas que le rondan en forma de sueños. Ya no hay motivos para mantenerse alejado, no hay sombras que empañen su esperanza. El médico dice que puede hacer vida normal, que ya todo es y está como debe. Y Lidia, la dulce Lidia, siempre

presente en aquella lucha, sin saberlo. Desde la primera mañana en que coincidieron en aquel ascensor.

Ella ni reparó en su presencia entre el resto de los ocupantes. Al llegar a su piso, ese día, Álex siguió al fondo, observando a la mujer que tenía de espaldas. Soñando con la idea de dirigirle la palabra para algo más que hablar del socorrido tiempo. Y fue extraño, porque no era en su habitual forma de ser tener semejante ataque de timidez, o inferioridad. Todo lo contrario, no solía andarse por las ramas cuando una mujer llamaba su atención. Sin embargo, al entrar en ese reducido habitáculo, fue testigo mudo de su introspección. Había una fuerza oscura que nacía en su interior y emanaba de su mirada rechazando cualquier contacto. Su melena castaña debía tener el aroma más precioso, pensó para sí mismo, sin atreverse a pronunciar palabra. Debería, no lo sabe. Ni lo averiguó en ese primer momento, ni en los siguientes. Hay tantas cosas que no sabe y debería saber. Ha llegado el momento que esperaba, el día de conocer de verdad y a fondo a esa mujer que ya hace tanto tiempo le ha robado los sueños.

Ya en la calle, todo parece igual al día anterior.

La misma acera que tan bien conoce. Los jardines que envuelven y protegen la clínica del ambiente mundano de la ciudad. Los rosales y los abetos, aquel kiosco en la esquina, procurador del periódico que leyó cada mañana mientras estuvo ingresado.

—Buenos días, Isidro. ¿Qué tal el negocio? — De nuevo, apretón de manos y sonrisa afable para con el kiosquero, un hombre enjuto y vital muy cercano ya a la jubilación, al menos, en apariencia.

—¡Pero bueno! ¿Cómo por aquí?

—Recogiendo los últimos resultados. Ya estoy bien.

—Me alegra saber eso, Alex. Una gran noticia. Aunque eso signifique que no me vas a comprar más el diario.

Ríen la socorrida broma, charlan, comentan algunas de las principales noticias y finalmente Alex se despide de él. Le hizo mucha compañía en sus paseos cuando le dieron permiso para salir a los jardines. No va a olvidar eso, y volverá de tanto en tanto a visitar al entrañable personaje.

Así se lo hace saber, en el abrazo con el que se despiden.

Ya no hay miedos, han desaparecido los temores. Las excusas quedan para los cobardes, algo que ya no se puede permitir. Su existencia, después de

lo pasado, le pertenece por entero. Debe decidir qué hacer con ella, a qué futuro aspira. Y lo único que tiene sentido es, en efecto, y a riesgo de resultar paradójico, luchar por dar sentido a la nueva oportunidad que la vida le está sirviendo, y tomarla con fuerzas renovadas. La energía que el doctor le ha brindado, imprimida en las hojas de papel que tiene entre las manos.

Ha peleado con todo el impulso que le quedaba. Se ha reinventado. Vuelve para seguir adelante y salir victorioso.

La Boda y el Silencio

Los días siguientes a la boda de Ali y Pol se me pasan lentos y en soledad. Sin mi hija, parezco perdida, sin saber muy bien que hacer. Alicia me llamó al llegar a destino, una vez alojados. Y anoche me telefoneó otra vez. Se la oye tan feliz, que casi, mientras hablamos, se me contagia su alegría. Me tranquiliza escuchar su voz, ella es la única persona que mitiga la desazón que tengo adentro, en mi corazón.

Los chicos disfrutaban de esos primeros días casados, el viaje de la luna de miel, en un entorno bellissimo. Ali dice que tengo que verlo algún día. Las sonrisas no se ven a través del teléfono, pero soy capaz de sentir las en el temblor nervioso y entusiasta que se aprecia en su voz. “Algún día lo veré”, le contesto, lo más risueña que mis pocos ánimos me permiten fingir.

Me siento sola. El silencio reina en mi hogar.

El momento de volver a casa, tras la jornada laboral, es una prueba difícil de soportar. Esa fracción de segundo en la que la llave penetra la cerradura y gira, ese momento preciso, duele. Porque me recuerda que no escucharé, en un par de horas, esa misma puerta abriéndose para ella. Que otra vez mi cena será para uno. Que no voy a tener que pelear ni hacer concesiones para decidir el canal de la TV.

Estaba acostumbrada a tenerlos siempre cerca, como si en lugar de una hija, los hubiera tenido a ambos. Se ennoviaron muy jovencitos, apenas con diecisiete años empezaban una hermosa historia. Demasiado pronto para tener ese tipo de relación, según la opinión de los padres del novio. Y es posible que tuvieran razón, pero yo no podía estar de acuerdo.

Si algo aprendí de mi vivencia personal, es que no sabemos el tiempo que estaremos aquí. No hay forma de saber de cuánto nos queda. Cada día compartido es un regalo que no se puede desperdiciar.

Jamás los incitaría a cometer una locura, pero tampoco era quién para negarles la opción de estar juntos, aun siendo su madre. Ni hoy, ni al principio. Supongo que por eso solían estar más en mi casa. Y quiero creer, también, que fue por la confianza con la que siempre traté y eduqué a mi hija, desde muy pequeña.

Entre recuerdos escondo la cabeza. Me resulta dura la nueva situación. Me acostumbraré. La clave es crear nuevas rutinas. Eso me dijo Ali antes de coger el avión. Ella confía en mí. Es por ella que debo ir y mirar hacia

adelante, por mucho temor que me despierte.

Mi prioridad siempre fue la familia. Cuando se rompió, aún me centré más en mi hija. Esa pequeña no podía sufrir la pérdida que yo había sufrido. No me perdonaría jamás que sintiera la falta de su padre. Lo mantendría vivo en mi memoria y en la suya. Ali era tan pequeña que, sin las fotografías y mis anécdotas, le sería imposible recordarlo. Y, por supuesto, no permitiría que sintiera el dolor que había arrasado conmigo.

Siento mi vida vuelta del revés, en un hogar demasiado grande para mi sola, perdida en mis sentimientos. Un lugar que apenas parece un hogar, sin miembros. Solo yo.

Miro el vídeo de mi propia boda, parando las imágenes que más recuerdos me traen. Las fotos de mi efímero amor. Paso las páginas de los álbumes de fotos acariciando cada detalle con la yema de los dedos. Sin tener ni idea de cómo enfrentarme a un día más sin su motor. Me dejo arrastrar por la tristeza, sin nadie por quien disimular ante el espejo de mi alma.

Los ojos se llenan de lágrimas, una vez más. Si estuviera aquí mi pequeña, ya me habría arrancado de entre las manos las fotografías a las que tanto me aferro. Me obligaría a levantarme, a lavarme la cara y enfrentarme a mi destino. Pero como ella no está aquí, puedo revolcarme en mi malestar y llorar por mi mala suerte en la vida. Sollozar a mi antojo preguntando qué hice en otra vida, tan terrible, que me trajo esta desgracia.

¿De qué malvado hecho me acusa el karma para merecer el peor castigo? Sin duda, el macabro destino que me provocó esta pérdida tan enorme se tiene que deber a algo atroz, tremendo, para merecer desmesurado pago.

Me duermo entre lamentos, soñando sus labios sobre los míos, su calor recordado en mi cuerpo por siempre y para siempre. Con la manta del sofá sobre las piernas y la televisión encendida. Emite un estúpido programa de televisión al que no presto atención, pues no me interesa.

Me queda como única alternativa soñar sus besos, añorar el tacto de sus dedos, tristes por su evocación mis labios, piel y alma entera.

Una Cena y un Paseo

Algunos compañeros van a salir a cenar el sábado. Las paredes se me caen encima, las fotos me devuelven al pasado y eso no es bueno para mi salud mental. No es algo que me apetezca demasiado, pero los días son largos y la soledad me ahoga en casa. Necesito distracciones.

Me crucé esta misma mañana en el pasillo con algunos, y hablaban de ello. Creo que Marina se vio en la obligación de sugerirme asistir, pero con la intención de recibir una negativa como respuesta. Álex se inmiscuyó en la conversación y no pude rechazar como sería lo habitual y lo que he hecho en otras ocasiones.

Así que en esta situación me hallo. Delante del espejo, y tras varios cambios de ropa, indecisa. Nada de disfraces, solo yo. No soporto los tacones, y aunque los había sacado del armario con la firme intención de usarlos, vuelvo a meterlos en su caja. De nuevo se reencuentran con el fondo del armario que los alberga. No es una cena formal, es una sencilla reunión con algunos compañeros de trabajo. Quizás siete u ocho personas, pocos para no sentirme excluida, y los suficientes, para no destacar demasiado.

Me parece increíble lo nerviosa e insegura que me siento. Será una velada tranquila, me digo. Me arrepiento de haberme dejado convencer, no entiendo bien qué pinto entre ellos, no los conozco apenas, aunque la mayoría llevan en la empresa varios años. Por un segundo estoy tentada de coger el teléfono y avisar que no me esperen. Dar las gracias por invitarme, pero que un imprevisto me obliga a cancelar los planes.

Para mi sorpresa, en cambio, la noche resulta ser de lo más distraída. Entre todos consiguen relajarme y algunas conversaciones me resultan interesantes. Hablamos de muchos temas y empiezo a conocer a personas que pasan muchas horas en el mismo lugar que yo. Marina es una mujer extrovertida y astuta, pone en alerta a varios de los compañeros que nos acompañan en la cena. Ellos la miran con deseo, la admiran. A ella le gusta ser el centro de atención, se le nota. Es a lo que está acostumbrada, a destacar por encima del resto. Siento una punzada de envidia, ya me gustaría a mí tener esa gracia y ese valor para enfrentarme a según qué acontecimientos, y la forma que tiene de dar contestaciones, pues da muestras de su ingenio

durante toda la velada.

Después de la cena, vamos a un pub a tomar unas copas. Acompaño al grupo con pocas ganas. Me tomo un refresco y decido que ya es el momento de volver a casa. Así que, despidiéndome de todos con una sonrisa, me encamino hacia la puerta. Sin darme cuenta, uno de los asistentes también ha dejado el local tras mi salida, y me alcanza en menos de una manzana.

—¡Lidia, espera! ¡No puedes marcharte ahora! —Álex se acerca con su perenne sonrisa en los labios.

—¿Álex? Es tarde, no estoy acostumbrada a veladas hasta estas horas. —Acepto el brazo por no despreciar su gesto caballeroso.

—¡No me digas! —Está tan cerca que casi roza mi oído—. Hace seis años que trabajo en esta empresa y es la primera vez que accedes a venir a algo que no sea la cena de Navidad. Permite que te acompañe.

—En realidad... Estoy cerca de casa, es un paseo de unos quince minutos. No es necesario, pero te lo agradezco. —Suelto el brazo, me despido de él con una sonrisa angelical y me giro decidida a continuar, sin más. Necesito alejarme.

—Iré contigo. —Persevera y me alcanza. De nuevo lo tengo al lado—. Te acompañaré, al menos, unos minutos más. Te lo confieso: No quiero que vayas sola a estas horas.

—¿Temes por mi integridad? Sé defenderme, no soy una cría.

—Tampoco eres tan mayor como quieres hacer creer. Por favor, te lo pido de nuevo. Deja que te acompañe. Me quedaría más tranquilo — dice casi en un suspiro. No me queda más remedio que aceptar de nuevo su brazo.

Álex es divertido como compañero. Es motivador compartir proyectos con él, y cuando trabajamos juntos formamos un buen equipo. Por ese motivo nuestros superiores suelen emparejarnos. Conseguimos los objetivos que nos marcan. A pesar de esas coincidencias, apenas sé nada de su vida personal. Ni él de mí. No le conozco pareja ni le he conocido en este tiempo, pero sé que tiene muchas admiradoras en la oficina. Él sabe que yo tengo una hija de veintidós años, que se acaba de casar, que la tuve muy joven, que quedé viuda muy joven también, y que apenas pude disfrutar mi matrimonio. Lo que saben todos. Y que apenas me relaciono con nadie en la empresa.

No sabe que actúo igual en mi vida personal e íntima. No quiero tener relaciones que me puedan llevar a ser frágil. No, otra vez. Y la experiencia me ha enseñado que mantenerse al margen es la mejor forma de conseguirlo.

—¿Puedes entender que no quiero tu compañía? —le reto.

Veo un destello extraño en su mirada. De pronto está plantado delante de mí, mirándome fijamente, cerrando mi paso. Sus ojos son de un color que me veo incapaz de definir, empiezan en el centro marrones y se difuminan a verde en la parte exterior del iris. Nunca antes me había fijado en ellos. Son muy peculiares. ¿Por qué miro sus ojos? ¿Por qué se ha parado y no me deja avanzar? ¿Por qué me contempla de esa manera que empieza a incomodarme?

—Lidia... Espera un momento.

No puedo esperar, lo aparto y sigo mi camino. Álex no se da por vencido, me sigue a pocos pasos.

—Tenemos que repetir otro día. ¿Me negarás que lo has pasado bien?

—Para una ocasión no está mal, pero no me va eso. Ya no me pega ir de pubs. ¡Soy demasiado mayor! Y no necesito que me acompañes — repito, nerviosa, pues parece no querer comprender. Debería dejar de seguirme.

—No eres mayor. Tienes la edad perfecta para saber lo que quieres, e ir a por ello. La edad ideal para permitir que alguien de mi edad te acompañe gentilmente a casa. ¿Me vas a dejar comportarme como el perfecto caballero que soy? —Vuelve a tender, por tercera vez, su brazo. Cuando me decido, tras unos segundos y un suspiro mediano, su amplia sonrisa y el brillo en su mirada vuelven a hacer acto de presencia. Creo que es la única forma, o no dejará de ponerme en evidencia, caminando tres pasos por detrás de mí sin callar ni un minuto.

Álex suele hacerme reír en el trabajo, y también lo consigue en esta ocasión, de camino a casa, una vez dejo de lado mis temores y me centro en aprovechar su compañía. Entre bromas y anécdotas que me va contando llegamos a mi portal, casi sin percatarme. Y debo reconocer, ha conseguido que mis recelos se hicieran a un lado.

—¿Me vas a invitar a subir? —me pregunta, levantando una ceja.

—¿Qué te has tomado? —Río ante su atrevimiento—. Hasta el lunes, Álex.

—Vuelve a salir con el grupo otra noche, Lidia. —Casi parece una súplica, por el tono de voz que usa—. Me gusta verte sonreír y no tan seria. Ahora no tienes excusa, ya no tienes que cuidar de Alicia. Es mayor y tiene a su lado un flamante esposo.

—Eres un descarado.

Cierro la puerta prácticamente en sus narices. Muy a mi pesar, me ha vuelto a robar una sonrisa. Subo las escaleras hasta el segundo piso, con su

mirada en la mente y esa última sonrisa antes de la despedida.

Entro en mi mal llamado hogar y la oscuridad me atenaza. Las sombras vuelven a mi interior. En la entrada, una fotografía enmarcada cuelga encima de un mueble con tres estantes y dos cajones. En ella, dos personas retratadas. Una de ellas soy yo, hace unos veinte años. La otra es un hombre apuesto, con el semblante serio y misterioso que mira directamente a la cámara, desafiante y enigmático. Casi parece que, de una forma sobrenatural, me está mirando desde su interior. Y es una mirada que traspasa mi cuerpo y se instala en mi alma, donde parece creer o saber, debe estar. Un escalofrío me recorre, aún tiene ese poder sobre mí.

Mi yo de hace veinte años solo tenía ojos para él. Mi yo actual sigue atada a su recuerdo. Y es tan fuerte el lazo de unión que ni puedo ni quiero desatarlo, porque no tengo la fuerza requerida para hacerlo. Me faltan energías, ganas y arrojo.

Aunque los ojos de Álex, por un segundo y en ese paseo de apenas quince minutos, consiguieran abrirse un hueco en mis pensamientos. Nada hay lo bastante fuerte como para liberarme de su posesión. Lo sabe, en ese mundo que se expande desde el interior de la imagen a mi realidad palpable.

La fiesta ya no es fiesta, sin ella

Álex se queda un rato mirando a la mujer que había acompañado hasta el portal. Puede ver como sube las escaleras y desaparece de su vista. Da las gracias al arquitecto que diseñó el edificio, y que tuvo la genial idea de planificar una entrada con amplios ventanales. Esa mujer solitaria que le roba el descanso en las noches. Esa mujer esquiva, preciosa, que lo trata como un adolescente y obliga a actuar tal y como si lo fuera. Con ella no vale el clásico concertar una cita, para comer, para un cine o una cena. Siempre responde con una sonrisa y una amable denegación. Siempre hay una excusa preparada, que brota sin pensar de sus labios, natural, como si fuera lo más habitual del mundo.

De una manera casi fortuita, se le había presentado, en esta precisa noche, la oportunidad que había esperado. Desaparece de su vista, sí, pero aún permanece mirando hacia adentro, hasta que las luces se apagan y la oscuridad se traga todo, escaleras, rellano y buzones. Solo entonces se da la vuelta para cruzar la calle. Y allí, en un punto justo y conocido, vuelve a quedarse inmóvil, mirando hacia arriba. Quieto, la vista fija en un punto. Resulta evidente que algo espera, y que no es la primera vez que lo hace.

Las luces a través de la ventana se encienden, y una figura atraviesa de un lado a otro. Lidia ya está en su piso, sana y salva. No podía ser de otra forma. A través de unas cortinas muy ligeras, puede ver cómo camina de forma desordenada, de una ventana a la siguiente, quitándose prendas de encima. Deja la chaqueta sobre la mesa, y el bolso. Se desabrocha los botones de la camisa y la desliza por los hombros, en el segundo antes de desaparecer de la atenta vista del hombre que la acompañó, que desde abajo no ha perdido detalle de cada uno de sus movimientos.

Se dibuja una sonrisa en su rostro, y baja la vista, casi avergonzado por lo que hace. Piensa que no debería, pero no puede evitarlo. Es la hora de volver al pub con el resto. O de encaminarse a casa, total, lo que él perseguía, ya descansa, plácida, en su lecho.

Tras un momento de meditación obligada, decide que lo más correcto sería volver con los compañeros, ni se ha despedido, y rectifica sus pasos para volver con el resto. La buena educación es y debe ser lo primero.

—¡Álex! ¿Dónde estabas? ¡Desapareciste sin decir nada! —Una rubia se acerca a él en cuanto aparece en la puerta del local, dejando el taco que tenía entre las manos a otro de los chicos. En su ausencia, parece que han decidido jugar una partida de billar. Recuerda de forma fugaz sus años de Universidad, y las partidas interminables en la taberna. ¡Qué tiempos aquellos!

—Me uno, pasadme un taco. —Una partida, no hay prisa. Tiende las manos, dispuesto para coger el abandonado instrumento—. Acompañé a Lidia a su casa. No puedo dejar a una dama ir sola por esas calles oscuras.

—Lo siento, me toca tirar a mí, cielo. —La chica se aparta, y vuelve a tomar el palo, alejándolo de su alcance mientras lo mira con pena, casi conmovida—. Olvídala, ella ni sabe que existes.

—¿Por qué tienes que ser tan cruel conmigo? ¿Te hice algo en otra vida que ahora tienes que torturar mi existencia? —El tono de burla con el que pronuncia la pregunta hace que el resto se ría de la ocurrencia.

—No te equivoques. No soy yo quien te tortura —replica ella, moviendo su melena ante él de uno a otro lado de sus hombros, una muy poco sutil forma de seducción que a nadie alrededor de la mesa pasa inadvertida. Se inclina ante él, buscando la orientación correcta para enviar la bola rayada a su esquina. Quizás demasiado cerca para no considerar el movimiento como una insinuación. Los otros dos jugadores ríen por lo bajo. Uno de ellos se acerca con un botellín de cerveza recién abierto y se lo tiende. Álex agradece con un primer sorbo, y además de realizar un brindis, el gesto a Daniel, uno de los compañeros del departamento de finanzas con el que tiene bastante afinidad, aunque a veces opina cuando nadie le ha preguntado. No es mal tipo, solo algo pesado. Saborea la cerveza helada. La mantiene unos segundos en la boca para retener sus matices, como si de un exquisito vino se tratara.

—Álex, tío, déjate de sueños y aterriza en el suelo —comenta a su lado, al oído, poniendo una mano sobre su hombro—. Podrías tener a Marina y siempre andas obsesionado con Lidia. Ella sí está por ti. Aprovecha la ocasión. Anda que si llegara a ser yo iba a dejar pasar semejante monumento.

Como respuesta, una simple sonrisa. La voz suave con la que atiende al teléfono. Las caderas que van y vienen por la oficina, cargada con documentos y archivos, ajena a miradas, a conversaciones ajenas. Indiferente casi a su propia vida. En ese instante, la idea que le sobrevuela en la mente desde hace unos días se asienta en su cabeza. Se acabó la espera. No perderá más tiempo. Esa mujer debe reaccionar y despertar del letargo en el que habita. Va a encargarse de eso, porque si ella no despierta, nada habrá tenido

sentido, y su lucha habrá sido en vano. De un trago, acaba con la cerveza.

—Señores, señoras, me retiro. Pasen una buena noche. Disfruten de ella.

Con un apretón de manos se despide de los dos compañeros, y con un sutil beso en la mejilla, de las damas.

—¡No puedes irte ahora! —La rubia, Marina, se acerca más, disgustada por el gesto de cortesía. Esperaba más, y acaricia su nuca, atrayéndolo hasta poder rozar sus labios en ella. Álex le deja hacer, y escucha el susurro en su oído. Es fácil imaginar por dónde van los tiros, es una mujer voluptuosa a la que esta noche no le apetecía dormir sola. Invitación succulenta que, insospechado por la protagonista, él declina con educación. Mezclar placer y trabajo no trae buenas consecuencias, y así se lo hace saber. Una excusa como cualquier otra, entiende Marina, decepcionada.

Lo observa alejarse y un sentimiento de rencor se apodera de su corazón, en su interior. No está acostumbrada a recibir negativas, y no le ha gustado en absoluto.

No es un domingo cualquiera

La mañana de domingo llega mucho antes de lo esperado. A pesar de no haberme pasado con el alcohol, mi cuerpo no está acostumbrado a trasnochar y un molesto dolor de cabeza me despierta. Resuenan en mi cabeza las palabras de Álex. Y su sonrisa.

¿No será él quien cree ser más joven de lo que es en realidad? No tengo idea de cuál es su edad, nunca le he preguntado. Es más joven que yo, pero no sé cuánto, ¿cinco o seis años, quizás diez?

Decido dejar de pensar en él, necesito volver a lo conocido, a lo habitual, llamar a mi pequeña, aunque debo comprobar antes que allí es una hora medianamente aceptable. Sin duda es lo que me ayudará a sacar de mi mente la intensidad de su mirada, la tengo aun rondando.

Acompaño el café bien cargado con un ibuprofeno que me salve del malestar, complementarios y compañeros perfectos, y me planteo las habituales rutinas de domingo, las tareas de limpieza y orden. Esas cosas típicas de ama de casa responsable: lavadora, plancha, quitar el polvo, etc. Interesantísimos, mis domingos. Resoplo ante la montaña de ropa que me espera, para empezar con mis planes dominicales. Espero que haga pronto efecto la pastilla.

Hablar con Ali es un bálsamo, mi medicina contra lo desconocido. Como ya sabía, me devuelve a la realidad en la que me siento a gusto. Vuelvo a mis tareas rutinarias tras la charla. Ahora trabajaré y tendré la tarde para relajarme viendo alguna película en la tv, o quizás leer un rato. En mi mesita de noche tengo un libro a medias desde hace meses.

ÁLEX: Hola Lidia, ¿qué tal te has levantado esta mañana?

Es un mensaje de Álex. Tengo su número en mi agenda por temas profesionales, pero jamás le he llamado. Ni él a mí. Y menos usar WhatsApp.

Miro el teléfono como si se tratara de un arma cargada. ¿Qué hago? ¿Respondo? El doble clic cambia a color azul. Problema. Ali me contó sobre eso. Ahora ya sabe que he leído su mensaje. Maldita tecnología.

ÁLEX: No me ignores. Está feo.

Segundo WhatsApp. Mi estado de nerviosismo, in crescendo. Miro la pantalla absorta, imagino que con cara de inepta total. Al menos estoy sola y nadie es testigo de mi incapacidad.

ÁLEX: Ayer lo pasé muy bien. Quiero conocerte más.

Llegó el tercero. Tengo que hacer algo, aunque sea un emoticono. Es un buen tipo, fue amable conmigo durante toda la velada. Del grupo de siete personas, sólo conocía a tres: Marina, Irune, y él mismo. Me lo puso fácil para integrarme. Guiaba las conversaciones a temas que sabía de antemano me interesan. Incluyéndome. Pendiente de mis reacciones para reaccionar en consecuencia. Ahora lo veo claro.

Merece unas palabras, aunque sea por cortesía. Y a eso voy, que remedio.

LIDIA: Buenos días, Álex. Me he levantado algo más tarde de lo habitual, pero bien. Muchas gracias por tu amabilidad durante la cena. Te agradezco la atención.

Tecla de enviar. Los nervios, apenas controlados hasta ese momento, se rebelan sin remedio. Necesito comer algo, quizás una actividad no relacionada me distraiga. En el frutero hay manzanas, es lo más a mano que tengo. Con un bocado inicio mi extraña terapia de distracción. Y aquí estoy, en la cocina, con una fruta mordisqueada en una mano y el móvil en la otra, con la mirada fija en la pantalla. Parezco una adolescente, me recuerdo a Ali de charla cibernética con sus amigas. Vergonzoso.

ÁLEX: Es muy complicado hablar contigo.

¿Pero qué quiere decir este hombre?

LIDIA: Me he levantado con algo de resaca, pero quería que supieras que me gustó mucho conversar contigo anoche.

Cuando yo me marché ya estaba la mesa cubierta de cascos de cerveza, aunque Álex no fue de los que más bebieron. Era de esperar. Otro de los chicos, Daniel, se llevó la palma. Casi la mitad eran suyos. Y Marina, entre las mujeres, fue la que demostró más aguante etílico, en su condición de treintañera liberada y soltera. Acostumbrada a fiestas y desmadres, ya se notaba que nuestra reunión le parecía de lo más inocente. Irune y yo apenas un chupito de licor de manzana y no nos atrevimos a más. Ella es una mujer casada y con niños pequeños, muy responsable, aunque parece que de tanto en tanto organiza una salida de estas, para desconectar de la rutina y afianzar lazos personales entre los trabajadores.

LIDIA: Me ayudaste a conectar con el resto. Mañana nos vemos en la oficina.

Listo. La sutilidad no es lo mío, qué le voy a hacer. Pero creo que he quedado bien.

ÁLEX: ¿Puede ser hoy? Quiero contarte algo y me gustaría que fuera en

persona.

¿Qué? ¿Cómo? Me atraganto con un bocado de manzana. Toso para deshacerme del pedazo atorado en mi garganta. Respiro. Sale. Menos mal, que triste ahogarse así. Como muerte, me parece muy poco digna.

¿Qué planes tengo para esta tarde? Estoy sola, y si lo pienso y soy sincera conmigo misma, no es algo que me apetezca. No quiero pasar la tarde sola. No hago nada malo por quedar y charlar un rato con él.

LIDIA: ¿Qué propones?

Le doy a enviar y cierro los ojos. Ya está hecho, no hay vuelta atrás. No puedo creerlo, no sé de dónde ha salido el valor para escribir semejante frase. Ojalá me ignore. Poco probable, me repito, es él quien quiere quedar.

ÁLEX: ¿Te apetece almorzar conmigo en una hora? Te invito.

¿Pretende matarme? Otro trozo de manzana que se me atraganta y me obliga, de nuevo, a toser. Le voy a poner una demanda por daños y perjuicios, no puede ser legal acosar así a una dama por WhatsApp. En algún lugar debe estar penado. Y más si pone en peligro mi vida. Eso ya implicaría cargos de homicidio, estoy segura.

Es demasiado rápido. Tengo que encontrar una excusa. ¿Por qué tanta prisa?

LIDIA: Imposible. Acabo de meter un enorme entrecot en el horno con su guarnición de patatas y verduras asadas, ya sabes, pimiento, tomatitos cherry, mazorcas baby, y condimentado todo con pimienta roja recién molida... Tiene un aspecto delicioso... No puedo dejar abandonado así semejante manjar.

Así retraso el momento. Sonrío para mí, asombrada por mi agilidad.

ÁLEX: ¿Un entrecot enorme? Adoro un buen entrecot al punto... ¡Espera! ¿Y si lo compartimos? ¡Di que sí, por favor! ¿Puedo acompañarte?

Ya es oficial. Quiere matarme con una simple manzana como arma letal. Me va a provocar un ataque de ansiedad en breve, lo presiento.

LIDIA: De acuerdo. De todas formas, no voy a poder con todo. Falta de costumbre, tengo la medida cogida para dos y no hay forma de controlar las cantidades. Y sería un sacrilegio comerlo mañana, recalentado. No lo merece.

El pánico se apodera de mí durante unos pocos minutos, pero reacciono. Será mejor que me dé una ducha y me relaje. Soy una mujer adulta, he invitado a alguien a comer conmigo, o no, se ha invitado solo, pero eso es irrelevante. La realidad es que va a venir alguien con unos perturbadores ojos de un color muy peculiar e indescriptible, y que me miró ayer de una forma

extraña. Alguien que, además, acabo de descubrir que es capaz de cortarme la respiración al leer sus mensajes en la pantalla de mi Smartphone. Alguien que me asusta porque puede ponerme en graves problemas conmigo misma.

Mensajes para un segundo encuentro

Una idea cruza la mente de Álex, mientras responde varios mensajes en su teléfono. Algunos de familia, otros de amigos de infancia con los que sigue en contacto. Todos felicitando su mejoría, pues ha empezado a comunicar a los más allegados. También estuvo en contacto con Daniel de lo sucedido la noche anterior. A Marina le sentó muy mal su negativa. Otra de tantas, ya debería haber entendido que ella no es lo que él busca.

Tal y como piensa, actúa. Envía un primer mensaje, y un segundo, detrás, sin esperar respuesta, al ver que ella lo ha recibido y leído. Y un tercero. Con toda la carne en el asador, ya solo queda esperar su reacción. Y rezar por que sea favorable.

Observa en su pantalla las letras que conforman palabras, y palabras que adquieren sentido.

Casi sin creer lo que acaba de hacer. Tanto tiempo en la sombra, tanto tiempo observando, y lo único que hacía falta era un gesto, no echarse atrás ante las negativas de Lidia. Apurar la mínima rendija con el objetivo de llegar hasta su alma.

Nunca le había enviado un mensaje, ni hablado con ella a través del teléfono, más que en la oficina y de temas estrictamente profesionales. Parte del éxito, sin duda, se la debe al factor sorpresa. No puede evitar alegrarse, tiene ante sí una nueva oportunidad que aprovechar. Ante el armario escoge un atuendo informal pero elegante, alejado de los trajes que suele usar en la oficina, un polo a rayas horizontales y tejanos. Perfecto. Con suerte, tras la comida, pueda convencerla para acercarse a alguna cafetería del centro, y pasar la tarde en su compañía. Lidia es esquiva, mucho, y conseguirlo no será fácil.

Bajando al parking a por el coche, cae en la cuenta de que debería llevar algún obsequio, o colaborar en la comida de alguna forma, así que se desvía unas calles para pasar por la pastelería. Recuerda, por casualidad, casi, que en una ocasión habló con ella de dulces, y mencionó que su favorito era el chocolate. En el modesto establecimiento de la esquina lo conocen desde hace años, y entra. El tintineo de las campanillas siempre le trae grandes recuerdos y una gran sonrisa.

—Buenos días, Lourdes.

—Buenos días, Álex. ¿Cómo estás? ¿Todo va bien? ¿Qué se celebra? — La oronda dependienta lanza las preguntas sin esperar respuestas, es una vieja conocida que en un tiempo fue vecina, con la que nunca ha perdido contacto, y de considerable importancia en la historia de sus amores de adolescencia.

—Muy bien, gracias. Genial, me siento nuevo. Hoy quiero algo que lleve chocolate. Alguna tartita para compartir con otra persona. Aconséjame. Siempre confié en tu buen gusto. —La mujer lo mira con curiosidad y una pizca de atrevimiento. Sabe a qué se refiere. También ella tiene gratos recuerdos.

—¿Para compartir con quién? —pregunta sin titubeos, la confianza entre ambos es muy patente, pero lo calla antes de que Álex empiece a hablar—. No contestes a esta solterona que no sabe guardar secretos. Es un consejo que te doy, viene de regalo con la tarta. Se debe tener cuidado con lo que se dice, y con lo que no se dice, quizás más. Lleva la tarta Sara de chocolate, os chupareis los dedos. Esta de aquí pequeñita es para dos. Mira.

—Es perfecta, Lourdes. Ideal. Prepáramela. ¿Seguro que no quieres más datos?

La dependienta envuelve con cuidado la tartita y sonrío. En el momento de despedirse, da la vuelta al mostrador para ponerse al lado del hombre y darle un afectuoso abrazo. Se besan en ambas mejillas.

—Tráeme buenas noticias, el próximo día.

—Ya las tengo. Estoy curado. O, al menos, eso dice el médico.

Lourdes aprieta con más fuerza el cuerpo de Álex, muestra de complicidad, y después que él salga por la puerta, aún sigue riendo y dando gracias al cielo.

El almuerzo compartido

Suena el timbre del portero automático, conmigo a medio vestir. La ducha me ha sentado de fábula, me ha relajado. Casi demasiado, puesto que ahora Álex está llamando al timbre, y yo sigo con la toalla enrollada alrededor del cuerpo. Tal cual voy, le abro abajo. Entre lo que tarda en subir al piso tengo que conseguir ponerme el vestido y los zapatos. Ni maquillaje ni tiempo de arreglarme el pelo. Desastre total.

Voy hacia la puerta y abro, poniéndome unas sandalias bajas de camino, justo antes de llegar a pulsar el timbre de la puerta.

—¡Álex! ¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas prisas? —Le saludo subiendo la cremallera de mi vestido—. No puedo entender qué me tienes que contar que no pudiera esperar...

—¿Puedo pasar? —Me desnuda con su intensa mirada. A medio vestir, tiene parte del trabajo hecho. Seguro que me he ruborizado.

—Por supuesto. Adelante. —Le doy paso al interior, apartándome, mientras sigo mi pelea personal con la cremallera del vestido. ¿Cómo se me ocurre abrir en estas condiciones? Con este hombre presente, parece que mi cabeza no funciona de forma correcta.

—Deja que yo lo haga, por favor. —Me gira sobre mí misma para quedarse a mi espalda—. Me estás poniendo muy nervioso —me susurra muy cerca del oído, arrastrando las palabras. Siento su respiración en mi nuca y me quedo sin respiración durante unos segundos. La intensidad me obliga a cerrar los ojos y serenar mi interior.

Al subir la cremallera uno de sus dedos se posa sobre mi piel, no sé si de forma consciente o no, pero ese simple gesto evoca algo olvidado por mi ser. El contacto de otro hombre sobre mi cuerpo. No acierto a adivinar qué es lo que en realidad le pone nervioso, como él dice, si mi torpeza o el tacto de mi espalda, erizándose a su paso. ¿Es posible que haya notado el ritmo acelerado de mi respiración?

En esos pocos segundos vuelvo a recuperar mi habitual serenidad y me enfrento a su mirada, que sigue fija en mi cuerpo, como si quisiera atravesar mi alma.

—Gracias. Pasa al salón, enseguida estoy contigo. Deja que me seque un

poco el pelo. Será sólo un segundo, no estoy presentable.

—Tranquila. Lo que necesites, aunque difiero en esa afirmación. Ten. —Ni me había dado cuenta; trae algo en las manos. Me tiende una bolsa de papel, en su interior hay una botella de vino y algo que parece ser un paquete de pastelería. Lo miro con curiosidad—. Como tú te has encargado del plato principal, es justo que yo lo haga de la bebida y el postre. Pero que conste, estás preciosa, también con el pelo húmedo.

—Adulador y mentiroso, una combinación peligrosa. No sé cómo te soporto. Ni cómo me he dejado liar para invitarte a comer —le contesto bromeando, sin mirarle a la cara y marchándome a través del pasillo. Me arrepiento de lo que he dicho al instante, cuando lo escucho a carcajadas desde el sofá.

—La curiosidad es una poderosa aliada. —Le oigo decir, aunque ya estoy del otro lado de la puerta.

En el baño y ante el espejo me seco ligeramente el pelo, e intento poner en orden mis pensamientos. Álex es apuesto, con su metro noventa de estatura me saca casi una cabeza entera. Me hace sentir pequeña, a su lado. Va por la empresa rompiendo corazones, todas las solteras y la mitad de las casadas ponen "ojitos" cuando hablan con él. Pero no conozco a ninguna que haya conseguido meterse ni en su cama ni en su corazón. Y estoy segura de que, si alguna hubiera conseguido algo, se habría corrido la voz como la pólvora. Tenemos en la empresa una tropa de treintañeras liberadas que por naturaleza son incapaces de callar sus hazañas sexuales. Lo llevo viviendo seis años, desde que conozco a Marina. Cada lunes se vanagloria de sus conquistas, y la he visto en acción intentando seducir a Álex. Lo sabría si hubiera caído en sus garras.

Es un hombre de pelo castaño claro, como yo, con algunas canas perfilando sus sienes, cosa que no le resta para nada atractivo, sino todo lo contrario. Le dan un aire místico de actor de cine de los de antes, los que no pasaban por cirugías estéticas ni Botox en las arrugas.

Nos une una cierta y cordial relación. No puedo decir que seamos amigos, ni mucho menos, aunque siento que a veces me trata con confianza. Demasiada para ser sólo compañeros, y hay días que no entiendo sus bromas, pero río con él. Es buena persona y todo señala a que le caigo bien, a pesar de mis rarezas.

—¡Empiezo a aburrirme aquí solo! ¡Lidia! ¿Quieres que te ayude también con el pelo? —Le oigo gritar desde el salón—. ¿O es el juego del

escondite y te tengo que buscar?

—Ya estoy. Me ayudas a poner la mesa y me cuentas mientras. Impaciente.

Con una amplia sonrisa me ayuda con la mesa y aprovechamos los trayectos a la cocina para indicarle un poco la distribución del piso. La charla amena nos lleva a iniciar el almuerzo como dos viejos amigos, casi no me reconozco. No me tengo que esforzar por seguir atenta, me resulta muy agradable su compañía y la comida transcurre sin más. Ambos pendientes el uno del otro.

—En un par de semanas estamos pensando en organizar una barbacoa. Después de dejarte ayer, volví con el grupo. Me han insistido en que te convenza para acompañarnos. El próximo domingo —comenta.

—¿Eso es lo que no podía esperar? —Tras decir estas palabras, me arrepiento. ¿Para qué saco ahora este tema? Hasta ese momento la charla había sido fluida, sobre temas laborales, y cotilleos varios de la empresa, sí, pero fluida. Habíamos reído juntos. Me sentía cómoda en su compañía.

—No. Lo que no puede esperar es que estoy cansado de lanzarte indirectas, de insinuar que quiero más de ti, y que tú me ignores de forma deliberada.

Deja los cubiertos encima de la mesa, y de pronto su mirada se transforma, todavía más intensa, penetrante como antes no había observado. Parecen brillar, explorando cada gesto de mi cara, cada imperceptible detalle que le de pistas de lo que pasa por mi mente. No puedo mantener la mirada. No más de unos pocos segundos. Bajo mi rostro, mirando al plato que tengo delante. Se hace un incómodo silencio entre nosotros, en consecuencia.

—Perdona. No debería haber sido tan directo. Pero es la verdad. Llevo mucho tiempo intentando coincidir contigo, siempre que el trabajo me lo permite, y buscando excusas para tenerte cerca. Ya no se me ocurre que más hacer para que me tomes en serio.

Estoy totalmente en shock. No puedo articular palabra. Mi corazón bombea sangre a mi cerebro al doble de la velocidad habitual. Soy incapaz de pensar, de sentir, de responder nada a semejante declaración.

—Sé que ahora mismo acabo de meter la pata hasta el fondo. —Hay tristeza en sus palabras. Y me duele escucharlo así. No puedo reaccionar.

No sé qué decirle. Siento su mirada sobre mí, y soy incapaz de siquiera devolvérsela. Me odiará.

Es lo mejor.

—Sal de mi casa, por favor. No estoy preparada para escuchar algo así.

Malentendidos, o no

—No lo puedes decir en serio, Lidia...

Las palabras me han salido sin pensar. Y después de esa frase mi boca es incapaz de decir nada. Un millón de cortocircuitos chocan y sacuden mi cabeza. Me va a estallar. Él sigue hablando. ¿Por qué lo echo de mi casa de esa manera?

—¿De verdad quieres eso? ¿No quieres saber que podría ofrecerte? Eres una mujer hermosa, madura, inteligente e independiente. Te he demostrado más de una y más de dos veces que siento cosas por ti. Eres divertida a ratos, y a ratos insufrible. Me acerco y acto seguido te apartas. Me hechizas con tu mirada y te vuelves. Te niegas por sistema a sentir, es como si lo tuvieras prohibido. Lo intento una y otra vez, pero no me dejas atravesar la barrera, aunque veo deseo en tus ojos. No lo entiendo. No sé porque eres así. ¡No sé a qué estás esperando para vivir tu vida!

Estoy contra la espada y la pared. Tengo que reconocer, primero ante mí misma, que sus palabras me estremecen. Que en parte tiene razón, multitud de situaciones vienen a mi cabeza y entiendo. Todas sus insinuaciones. Lleva más de un año intentando acercarse a mí. Es cierto. Y yo una vez tras otra lo he alejado, le he puesto excusas. Siempre a la defensiva, aunque me resulte un hombre interesante. Observando cómo camina desde detrás de mi mesa, cuando pasa por mi departamento y pienso que no se da cuenta.

Lo que él no sabe es que amé en su día a alguien con una fuerza desmedida, imposible de igualar. El amor de mi vida, un amor implacable que me transformó, me moldeó a su antojo, y se fue. Un amor que me dejó de la noche a la mañana perdida, destrozada, hundida. Vacía y al borde del precipicio. Lo único que consiguió salvarme del desastre fue tener que ocuparme de Ali.

—Dime que estoy equivocado contigo. Dime que no sientes nada cuando te toco. —Me pasa sus dedos por las mejillas, para que le mire de nuevo. Coge mi barbilla, levantándola y atrayéndola hacia él—. Tan solo dime que no te intereso. Y me marchó, por mucho que duela, me olvidaré de ti.

Si levanto los ojos me perderé en la intensidad de sus ojos bicolor,

únicos en el mundo, tan intensos, tan llenos de esperanza. Eso lo sé. No seré capaz de volver a pedirle que se marche.

Esa leve caricia hace que mi corazón de un salto mortal, y que su ritmo empiece a aumentar, primero al doble de su habitual velocidad, luego al triple, ni soy capaz de discernir. Mi cuerpo se revela ante la mente que pretende gobernarlo. El calor sube desde el centro de mi ser hasta mis mejillas, que se ruborizan como hace mucho que no lo hacían, reaccionando al calor que sus dedos emanan. Un microsegundo de duda me atraviesa por completo.

Le miro y me pierdo. Lo sabe. Lo está leyendo en mí, no sé cómo es posible algo así, pero siento una conexión extraña. No soy capaz de alejarme, Álex, y su aliento, cada vez más cerca. Me gustaría levantarme y salir, o esconderme, poner espacio entre nosotros, pero mi cuerpo no responde. No soy dueña de mis actos, nada grave pasaría si me dejo llevar, quizás podría intentarlo.

Siento su respiración a escasos milímetros de mi boca, imposible estar más cerca sin tocarme. Si acaba con esos milímetros que nos separan se derrumbaran todos mis muros. Me estremezco al imaginar sus labios sobre los míos. Si no estuviera sentada, ya estaría por los suelos, seguro, me tiemblan las piernas, me sudan las manos, y si intento hablar, ni me saldría voz. Tan sólo conseguiría abrir la boca como un pez, boqueando, y ningún sonido emergería al exterior.

—Bien. Te dejaré sola, entonces. Es posible que lo haya echado a perder todo. —Pasa los dedos por su pelo, despeinándose, como nervioso—. O puede ser que esto sea el detonante de algo diferente, siempre será mejor que lo que tengo ahora. Creo que prefiero que me odies a que me ignores, como hasta hoy. Al menos significaría provocarte un sentimiento. Pero que sepas que voy a quemar hasta el último cartucho por ti. No puedes negarte por siempre, mirándome como me estás mirando ahora mismo. Es una cuestión de tiempo.

Se va a marchar a menos que sea yo quien se lance. Empieza a separarse de mi lado y se levanta de la silla. Quisiera gritar, enfrentarme a los sentimientos que se acaban de despertar en mi interior.

—Nos vemos. No hace falta que me acompañes a la puerta, conozco el camino.

Me muero de ganas de susurrarle al oído que no me deje sola, no después de semejante declaración. Ojalá pudiera levantarme y alcanzarlo

antes de salir por esa odiosa puerta. ¿Por qué se me llenan los ojos de lágrimas? No sé qué es lo que pasa por mi cabeza, ¿Es tristeza? ¿Es alegría? ¿Miedo? Todas y cada una de las palabras malsonantes que mi madre decía que una dama no debería pronunciar acuden a mi boca cuando oigo el portazo. Y estoy a punto de dejar caer la cabeza entre mis brazos, cuando recuerdo que tengo un plato de comida justo entre ellos, y tengo el tiempo justo para apartarlo y no dejar caer mi melena encima. La guinda del pastel, llenarme cara y pelo de carne y salsa *all-i-oli*.

 Mi tranquilo y sosegado domingo se ha ido al traste. Y pensar que lo único en que pensaba hacía apenas tres horas era en buscar alguna película en la televisión como excusa para el atracón que me iba a dar de palomitas de maíz...

Confesiones no siempre fueron buena idea

Tras el portazo, Álex baja de dos en dos los escalones hasta la calle. Parece mentira como se le ha ocurrido decir eso. Conociendo a Lidia, estaba tirando demasiado del hilo; primero, con la auto invitación en su casa a comer, y después, dejando salir semejante confesión, a bocajarro.

¿Era de esperar que lo echara de su casa? Es posible. Pero también debió suponer que con Lidia ir de latín lover no le iba a funcionar. Se había comportado como un imbécil.

Se había dejado llevar por el aroma de su cabello, aún húmedo. Su mirada tímida, de continuo al plato, a él, a la copa de vino, y de vuelta hasta él. Tan enigmática, parecía esperar algo así. Todo en conjunto invitaba a dejar salir esas palabras de su boca. Confesar el deseo de su piel, las ganas de besar los labios que tenía enfrente.

¿Qué pretendía conseguir actuando así con Lidia? ¿Que se lanzara a sus brazos como una adolescente? Solemne tontería.

Baja la calle ensimismado en sus pensamientos. En cómo arreglar lo que tan bien llevaba. Ayer la hizo sonreír, y parecía sincera. Durante la cena tuvo un cuidado especial, la mimó y la incitó a dialogar con el resto de compañeros, siempre llevando la conversación a los temas que en los que más cómoda sabía que estaba. La vio feliz en las ocasiones en que sus miradas se cruzaron, y en las varias veces, durante la noche, en que ambos se miraron. A pesar de la insistencia de Marina, con sus constantes intentos de acaparar todas las miradas masculinas en la sala; y muy en concreto, de la suya, concentrada en Lidia. ¿Afán de protagonismo o celos? Para Álex la respuesta era muy sencilla.

Y no fue la única en darse cuenta de sus intenciones, de su incesante forma de incluirla, evitando que se abstrajera y decidiera marcharse. Daniel se había pasado la mañana mensaje va, mensaje viene, preguntando por ese interés demostrado hacia la dama. Elucubrando extrañas teorías, por otra parte, que nadie le había pedido.

Opiniones que no le interesaban.

DANIEL: No pierdas el tiempo con ella. Juega en otra liga. Más bien, está fuera de juego, amigo.

DANIEL: Tremendo reto te has puesto, vas a necesitar mucha suerte.

Eran amigos, le apoyó mucho ante la empresa con todos los pormenores de su enfermedad. Pero cuando se refería a Lidia en esos términos, se le despertaba el lado más salvaje y apenas podía contener las ganas de darle un buen puñetazo.

ÁLEX: Si necesito consejo, te aviso. De momento, creo que puedo encargarme yo de mis historias.

Alex para en seco su caminar errante. Suspira maldiciendo su impulsiva actitud. Se ha pasado la calle dónde aparcó su Volvo, tal es la magnitud de su introspección. Respira y centra sus pensamientos. Hoy ha dado un paso en falso, ha perdido una batalla, pero como se sabe y dijo aquel famoso estratega, no está perdida la guerra. Para que la pierda van a hacer falta muchas más. Está preparado para todas ellas.

Lidia tiene por costumbre evitar las relaciones y esquivarlo. Hoy dio un paso adelante, un gran paso. Ha conseguido entrar en su hogar, en su santuario. Ahora lo importante es mantenerse cerca. Para eso ya tiene un plan en marcha.

Infierno en la oficina

Álex ha pedido mi ayuda a nuestros superiores para terminar su último proyecto. Les coge por sorpresa, no me había necesitado para empezar con él, lo habitual, pero aceptan. Así que, a media mañana del lunes, me citan en el despacho del director para comunicarme que me traslado a un escritorio frente al suyo. En una precitada reunión, y con la seguridad que le caracteriza, expone sus motivos. Resultado: hasta finales de semana “a sus órdenes”, justo lo que más me conviene. Esto no me va a ayudar a sacármelo de la cabeza. No fue suficiente convertir mi domingo en una montaña rusa de emociones, además tiene que mantenerme en ella durante varios días. Odio las montañas rusas.

Con una mueca en la cara acepto la nueva situación. Álex parece satisfecho, logró lo que pretendía. Y a mí, lo que de verdad me apetece, es abofetearlo y enviarlo al infierno. En ese despacho no puedo, y fuera no me atreveré. Y es algo que sabe.

—Te estás aprovechando de tu cargo para conseguir algo que no vas a tener. No te hagas ilusiones —murmuro al salir, asegurándome que nadie más puede escucharme. Con la cabeza gacha, y tras una mirada fugaz a sus ojos, en la que estoy segura se puede leer el odio que en ese instante siento. Algunas lágrimas luchan por emerger y sacudir mi rostro. No entiendo a qué viene ese interés por mí. No estoy en el mercado, ¿acaso es algo tan difícil de entender?

Con las novedades, después de un traslado de portátil lo más lento que me es posible, me siento en la mesa que me han asignado. Las horas pasan lentas. A veces levanto la vista y lo veo, mirándome con esa intensidad que se me antoja nueva. Me tiene dónde quiere. La situación le parecerá divertida. Decido normalizarla, dejar pasar la rabieta y concentrarme en el trabajo que vengo a hacer. No tiene sentido mantenerse enfurruñada todo el día por un capricho suyo. Profesionalidad. Quizás Álex me ha demostrado tener menos de la que le suponía por la treta usada, pero yo sí voy a hacer mi trabajo.

A ratos reconozco que resulta atrayente. Se mueve a mi alrededor como una brisa de aire de montaña, tan seguro de sí mismo, tan refrescante. Lo observo con más atención. Cuando algo le preocupa, o está muy concentrado, se pasa la mano por el pelo, despeinándose, y frunce ligeramente el ceño. Es el gesto que hacía en nuestro proyecto de almuerzo, frustrado por su

espontánea confesión. Hasta que me pilla observándolo y suelta algo inapropiado que me hace sonrojar. Tiene ese poder sobre mí.

No puedo olvidar, no obstante, sus palabras. Retumban en mi mente, una y otra vez. No se va a dar por vencido. Sabe que provoca algo en mí.

Deseo cada mañana que llegue la tarde lo antes posible. No cruzarme con él en un pasillo, o en el ascensor. Bastante es su mesa frente a la que yo ocupo ahora. Que no se me acerque tanto para darme unas simples instrucciones, porque el más ligero contacto enciende un interruptor en mi mente y veo sus labios encima de los míos, como el pasado domingo, en nuestro “casi beso”. Lo temo, mucho, y creo que lo deseo, si quiero ser sincera conmigo misma. Pero eso no pasará. No puedo hacerlo, hice una promesa y no voy a romperla.

Aunque intenta darme conversación, apenas consigue sacarme más que monosílabos, estoy demasiado tensa. Es consciente de ser el culpable de mi incomodidad, veo arrepentimiento en su mirada, pero no puedo evitarlo. Intento mantenerme en lo pura y estrictamente profesional, para no dar falsas esperanzas. Es tarde para empezar. Debería comprender que, a estas alturas, la vida ya no tiene nada que ofrecerme. Además, tiene dos nuevas auxiliares que babea detrás de él. Podría enfocar sus energías en seducir a una cualquiera de ellas. Sin apenas esfuerzo conseguiría meterse en sus bragas, lo están deseando. Y si ellas le parecen poca cosa, tiene a Marina, ella podría satisfacer todos y cada uno de sus deseos de una mejor forma, es todo lo que un hombre desea, y se muere de ganas por probarlo, dicho por ella y con esas mismas palabras. De hecho, no le hizo ninguna gracia cuando recogí mis cosas de la mesa para trasladarme a su despacho. Pude sentir casi ira en sus ojos.

Yo solo quiero volver a mis recuerdos, que son lo mejor que he pasado y a lo que jamás podría aspirar. A mi vida sencilla y predecible, sin emociones ni deseo. A mi rutina, o lo más parecido a ello, ahora que Ali ya no forma parte activa de ella.

No he visto, entre mis cavilaciones y la necesidad de llegar rápido al aparcamiento, que alguien se acercaba rápidamente adonde yo estoy.

—¿Esto se ha convertido en lo habitual? Perseguirte para que no me ignores, quiero decir. — Me alcanza en apenas cuatro zancadas, con sus piernas largas y paso decidido.

—No te ignoro. Estoy en tu equipo, colaborando contigo. —No me paro, no puedo. Me está arruinando la semana y los nervios.

—No me digas que sigues enfadada conmigo, ya han pasado varios días. No te tenía por alguien tan rencorosa.

—No estoy enfadada. —Me dispongo a abrir la puerta del coche para sentarme en su interior, él se apoya en ella impidiendo con su cuerpo que la cierre.

—¿Aceptarías tomar un café conmigo? Prometo ser bueno y no incomodarte.

—No. No puedo. Voy a recoger a mi hija y a su marido al aeropuerto. Otro día. —Creo que estoy ruborizándome, un calor nuevo sube hacia mis mejillas. La última frase prácticamente me la ha susurrado contra el cuello, mientras me introducía en el habitáculo.

—Te sienta bien ese color en las mejillas, te hace parecer 10 años más joven, me atrevería a especular. En otra ocasión, te tomo la palabra.

—Estás convirtiendo estos días en una tortura.

Para esto, por favor —le suplico.

—Todo lo contrario, querida. Te estoy abriendo a una nueva vida. Sólo que te resistes más de lo que deberías —ríe. No soy capaz de cerrar la puerta del coche, aunque se ha apartado. Sin querer se me escapa una sonrisa que no pasa desapercibida a mi compañero, y vuelve a acercarse a mi oído—. He visto esa sonrisita, no te escondas. Soy irresistible, lo sé.

Mi ligera sonrisa se convierte en una carcajada, que él acompaña con la suya. Las vibraciones a nuestro alrededor, provocadas por las risas, me traen automáticamente un recuerdo. Las risas que compartí en su día con mi fallecido amor, y una sensación de tremenda paz me invade. ¿Será posible volver a sentir? No, no es posible, y se lo tengo que hacer comprender como sea.

—Equivocaste la presa. Pero te concedo ese café. Porque no soy en absoluto rencorosa. — Enfatizo estas últimas palabras, mientras cierro y pongo en marcha el automóvil—. Hasta mañana, Álex.

—Que tengas un feliz reencuentro con Alicia, querida. Da recuerdos a la pareja de mi parte.

Otro paso adelante

Lidia se aleja en su coche ante la mirada atenta de Álex, que observa cómo sale del estacionamiento en el mismo lugar en el que antes tuvieron su particular conversación. Está un pasito más cerca de la mujer que le tiene atrapado, lo siente, y se dibuja en su rostro un gesto de satisfacción.

Un taconeo cada vez más cercano, a su izquierda, le revela la existencia de un testigo en su intento frustrado de seducción. Marina, contoneándose, y con una ligera sonrisa, llega hasta su lado. Su falda corta, sus altos zapatos de tacón, su imagen impecable y su caminar altivo frenan al llegar a su lado.

—Te hacía más hábil en estos temas. Casi me has recordado a un adolescente inseguro intentando llamar la atención de la reina del baile.

—Buenas tardes, Marina. ¿Ahora también nos espías? —El semblante de Álex cambia a algo intermedio entre el hastío y el aburrimiento.

—Vengo por mi coche, ¿cómo puedes ser tan egocéntrico? No me interesa lo más mínimo lo que hagas o dejes de hacer con ella.

Marina se revuelve como una gata atacada por un perro. La fiereza no deja lugar a dudas. Busca la provocación, no obstante, pasándole la mano por el pecho y fingiendo colocar de forma correcta su corbata.

—Ya. Estas palabras me dejan muy claro que celos no son. —Irónico, sonrío a la mujer que tiene frente a él.

Tienen los ojos fijos el uno en la otra. En ella hay rencor, casi odio. En él, los sentimientos son diferentes, está cansado de una especie de *dejà vu* que parece llevar tiempo coleando. Tras la colocación de la corbata, se entretiene con la solapa de la americana. La cuestión es mantener las manos sobre su pecho.

—Es inútil. No entiendo tu obsesión con ella. No hace más que rechazarte. Déjala ya.

—¿Eso lo dices tú? ¿Quién no acepta una negativa por respuesta? —La temperatura en la conversación empieza a subir. Álex se ha cansado de seguirle el juego.

—Imbécil. No conseguirás nada, esa mujer está muerta de cintura para abajo. ¿Quieres perder el tiempo? ¡Tú mismo! Desde luego, que desperdicio,

con todo lo que has pasado. —Sus frases van a matar. Directa a dónde duele: atacar a Lidia.

Marina se ha ido acercando conforme hablaban, sigilosa, como felino a su presa. Él, que observa con reticencia su aproximación, espera la siguiente jugada sin moverse un ápice. Dejándola jugar con su ropa. Hasta que le pone una de sus manos tras la nuca e intenta besar. Es una mujer alta, con esos tacones, alcanza casi su misma altura. Se ve obligado a rechazarla una vez más, poniendo la mejilla para recibir el gesto que en realidad no desea. Tras eso, enfadada, muy probablemente con el orgullo herido, le da la espalda y se aleja.

—No me interesan tus opiniones. Guárdatelas. Adiós, Marina. Conduce con cuidado —añade.

La observa subir a su automóvil, arrancar el motor y salir del aparcamiento de las oficinas. Esa mujer es peligrosa, no entiende de rechazos. El flirteo banal, en las últimas semanas, se ha transformado, y no es algo provocado por él, de eso está seguro. Hay otra cosa, tiene que haber un motivo. ¿Debería empezar a preocuparse?

Bienvenida en el Aeropuerto

Una multitud de personas desfilan por los pasillos, cargados con pesadas maletas, unos van, otros vuelven. El aeropuerto es un hervidero de encuentros, despedidas y traslados, ocasionales y reincidentes.

Un reencuentro de enamorados a mi izquierda se besa sin pudor con las manos enlazadas. Apenas separando sus labios para respirar, murmuran “te quiero” a ras de piel y ahogan suspiros el uno en la boca del otro, impacientes, hambrientos de labios y sedientos de roce negado por la ausencia.

Un grupo de universitarios, a escasos metros de mí, hablan en voz demasiado alta, van a la aventura, cargados con mochilas en las espaldas. Emocionados, ríen sin cesar y van planeando lo que harán al llegar a destino.

Mientras espero ayudo a una pareja de ancianos a encontrar su vuelo. Vuelven a casa después de viajar por primera vez en avión. Un regalo de sus 3 hijos, en conmemoración por su 40 aniversario de boda. Se miran, y en esa limpia mirada, se puede distinguir el amor que se profesan el uno al otro. En los ojos aún enamorados, en cómo se apoya ella en el brazo de él, casi en como respiran el uno al lado del otro. Despiertan ternura casi al instante. Conversamos unos minutos, hasta que se anuncia la llegada del avión que trae de vuelta a Pol y Alicia. Al despedirme de ellos, estos desean mucha felicidad a los recién casados por los que estoy esperando, “que sean tan felices, al menos, como llevamos siendo nosotros desde el día de nuestra boda”.

Enseguida los distingo al fondo. Los chicos aparecen rápido en la terminal, morenos y felices, con sus bolsas en el típico carrito de aeropuerto. Pol empuja mientras Ali va subida encima de todos los bultos. Imagen típica de comedia romántica *made in Hollywood*. No puedo evitar reír por su ocurrencia.

A ellos les cuesta algo más localizarme. Pol es el primero en mirar hacia donde me encuentro. Susurra algo al oído de Ali, que inmediatamente gira la cabeza y me sonríe. Como si mi cuerpo fuera la meta, se acercan todo lo veloz que la pesada carga que traen les permite. Ali se tira a mis brazos y me besa emocionada.

—¡Ay, mami! ¡Qué bonito todo! ¡Verás cuando veas las fotos, he hecho miles!

Pol hace lo mismo en cuanto mi hija me suelta.

—Nos lo hemos pasado muy bien. El hotel era de impresión. Las calas preciosas. Tu hija se ha vuelto loca, cámara en mano, haciendo fotos a diestro y siniestro. Tuvimos que comprar una tarjeta de memoria porque se fundió la que llevábamos.

—Vamos, mejor os llevo a vuestra casa y me lo contáis todo. —Los he echado mucho en falta. Muchísimo.

El resto de tarde pasa volando, entre imágenes paradisíacas, anécdotas, risas y más abrazos, y acabo quedándome a cenar con la parejita. Parece que ni Ali quiere separarse de mí, ni yo de ella.

En varias ocasiones me ha preguntado qué tal he estado. Evito dar detalles, y mucho menos le he hablo de Álex. Comento de pasada lo de la cena, y es bastante para desatar su imaginación. Tiene una obsesión con que debo salir más, conocer gente, divertirme, etc.

Cuando llega el momento en que insiste por saber más detalles, decido que es hora de dejar a la joven pareja. Son unos recién casados, no pinto nada ya en su casa.

—Lo estás haciendo a propósito. ¿Qué me ocultas? Te conozco... —La observo con mi cara de “no seas descarada, niña”, pero ya hace tiempo que ese gesto no le afecta. En la última ocasión que usé ese truco tenía 11 años. Resoplo.

—Chicos, es tarde. Y yo mañana tengo que trabajar. Vosotros sois unos liantes, que todavía os quedan unos días de permiso. Me marcho y os dejo disfrutar ya de vuestro recién estrenado hogar. Tenéis las maletas por desmontar y un montón de ropa por lavar, así que a ejercer de amos de casa decentes—me despido.

—¡Te marchas para no tener que contarme algo importante!

—Ali, por favor, no seas niña. Sólo fui a cenar con un grupo de compañeros de trabajo, fuimos a un pub a tomar unas cervezas, y después de la primera ronda me marché. Fin de la historia.

—No. Hay algo más. Y lo averiguaré, te lo aseguro, mamá. Acabarás contándome qué escondes... —Se ríe, está segura de lo que dice. Dejo algo en el tintero. Me conoce demasiado bien.

—Ali, ya vale. Deja en paz a tu madre. Descansa, Lidia. —Pol me salva del interrogatorio en tercer grado al cual su esposa, mi hija, pretende

someterme. ¿He comentado que adoro a este chico? Es muy atento y educado. Mi pequeña lo mira con los ojos inundados de amor, con adoración. Me derrite verla así de feliz. Lo merecen. Recuerdo cuando yo solía mirar de esa misma forma a su padre.

—Bien, escapa hoy que puedes, mamá. No tendrás a este presente en la próxima ocasión para ayudarte. — Y señala a su recién estrenado marido con el dedo—. Estás advertida.

Les deseo las buenas noches y me marcho al lugar donde nadie me espera. Un lugar que en estos últimos días se me antoja vacío, triste y frío. Un lugar en el que tan sólo me quedan recuerdos, amargos en su mayoría, menos los que tienen que ver con Ali. Un lugar en el que ya no siento mi hogar.

En cuanto entro por la puerta la sombra gris que habita en su interior me engulle. Evito mirar la fotografía de la entrada, me quito los zapatos, y descalza llego a mi habitación. Estoy agotada. Si la observo será peor.

Demasiadas emociones para un solo día. Mi móvil se quedó sin batería a media tarde. No lo he mirado ni una vez mientras estaba con los chicos. Lo conecto al cargador y enciendo. En la pantalla me saltan automáticamente las notificaciones de WhatsApp pendientes.

ÁLEX: Mañana a las ocho estaré en la cafetería, por si te apetece acompañarme.

ÁLEX: Espero verte allí.

ÁLEX: Me encantaría empezar el día a tu lado, sería una agradable novedad.

El calor invade mis mejillas y una media sonrisa se asoma en la comisura de mis labios. No respondo a los mensajes. Simplemente adelanto el despertador media hora, más que suficiente para poder estar allí a las 8h. Un escalofrío recorre mi cuerpo, pero no de una forma desagradable, sino todo lo contrario.

Quizás, solo quizás, todo podría ser diferente.

Café a café

Queda ya muy poco para acabar el proyecto de Álex, y por fin, volveré a mi mesa. Estos días, después del episodio del aparcamiento y algunos mensajes más, nos hemos tomado varios cafés juntos. Solemos quedar todas las mañanas para tomar uno antes de entrar en la oficina.

Así que, aquí estoy, sentada, a las ocho en punto, dando vueltas a la cabeza con un café con leche ante la cara, humeante, cuando siento su presencia en mi nuca. Tan concentrada estaba que no he escuchado como se acercaba.

Me giro al sentir su mano en mi hombro desnudo. Las yemas de sus dedos me transmiten un calor similar al que desprende en ocasiones su mirada.

—Buenos días, querida Lidia. ¿Qué tal dormiste hoy?

—Como un bebé, por supuesto. —Ni por asomo confesaré que he soñado con él esta noche. Lástima no recordar por completo el sueño. Sólo recuerdo que paseaba a su lado y me acariciaba el pelo. Que me tomaba la mano y yo sonreía. Y que me he despertado con la respiración alterada.

—Me alegro. Hoy acabamos. ¿Tienes ganas de deshacerte de mí? —Asiento aliviada con la cabeza mientras doy un sorbo, arde tanto que me casi me quema la lengua. Pone cara de lástima por mi gesto, aunque sabe que es broma—. No lo entiendo. Soy el jefe que cualquiera querría tener. Invito a desayunar y todo.

—¿Has pagado la cuenta? ¡Me tocaba a mí!

—No puedo resistirme a invitar a café a una mujer tan hermosa. Soy débil. Y ese vestido que llevas es demasiado ceñido como para que me pase desapercibido. Ese hombro descubierto es tremendamente sexy.

Sonríe. Siempre sonríe. Me contagio de su alegría cuando estamos juntos, y eso debo confesar que me hace sentir bien. Y a veces los escalofríos me recorren escuchando sus ocurrencias.

—Un día de estos me tienes que aceptar una cita de verdad. —Llegamos al momento peligroso, ha dejado de reír y sus pupilas me miran con deseo. No lo podría negar, así que tampoco lo intenta. Y yo, por mi parte, no puedo tampoco simular no entenderle.

—¿Ya no te conformas con los desayunos? — El miedo, que tenía escondido en un rincón oscuro de mi mente racional, hace acto de presencia.

Mis alarmas suenan. Se asoman las dudas de mi corazón a la puerta entreabierta, y cierro de un portazo. No hay más opciones. Es lo que tengo que hacer.

Suspira y se recuesta en el respaldo de la silla, pasando la mano por su pelo. Conozco ese gesto, es su típica forma de mostrar preocupación, y cierra los ojos durante un segundo. Los vuelve a abrir para dedicarme una de sus miradas más insinuantes.

—Quieres exactamente lo mismo que yo, lo leo en tus movimientos y en tu mirada, querida Lidia. Venceremos tus miedos.

—Para ya. Te voy a tener que denunciar por acoso si sigues mirándome así. —Intento dar a mi voz un tono irónico, manteniendo firme mi mirada en la suya.

—Nunca lo harías. —Mis palabras tienen el efecto deseado y sonrío de nuevo. “Ya puedes respirar, Lidia, el momento de pánico pasó”—. Muy en el fondo, te gusta. —Touchée. Es cierto. Empiezo a encontrar halagadoras sus palabras.

Me resulta divertido, y sensual.

—Y ahora, vámonos. No queremos que te eche la bronca el pesado de tu jefe por llegar tarde. —Se acerca pasando de nuevo sus dedos suavemente por mi antebrazo y nos dirigimos a la salida del establecimiento. Se me eriza el vello, su caricia es como una pequeña descarga eléctrica directa al epicentro de todos mis sentidos.

—Es verdad, no te voy a denunciar, pero no te extrañe que un día de estos te lleves una buena hostia. A veces tienes el comportamiento de un adolescente hormonal. Con esa actitud, casi mejor te vas a ligar con tus rubias de bote, que se mueren de ganas. Deja de perder el tiempo conmigo. Yo no te puedo dar lo que quieres. —Y callo, pues estamos casi en la puerta, y eso me enerva.

No quiero que nadie en la empresa escuche lo que estoy diciendo, es demasiado personal para tratarlo justo aquí. Si alguien tiene que aportar algo de sensatez, y debo ser yo, pues lo seré, no hay problema en ello.

—¡Oye! ¡Esa no es forma de dirigirte a tu superior! —Aunque sigue bromeando, y lo sé, no puedo evitar sentirme presionada.

—Mientras no traspasemos esa puerta no eres nada para mí. —Hablo sin medir palabras, y baja al instante la cabeza. Quizás he sido demasiado dura, y me arrepiento de lo que acabo de decirle. Debería disculparme, pero no me deja hablar, abre la puerta y me cede el paso. Es un caballero. Qué extraño, a

mí también me ha dolido esa frase. Cuando vuelvo a buscar sus ojos, creo reconocer en su rostro que lo sabe.

—Enfadada también estás preciosa. Pero no me guardes rencor por desear probar tus labios. —Congela un instante sobre mí la mirada, esa que conozco y me desarma. La mirada con la que consigue adentrarse en mi interior y aflojar las fuertes ataduras que me impuse en su día. La barrera que no sé si sabré superar, no porque no quiera, sino por el miedo que en mí provoca que se derrumben los muros, y quedar expuesta de nuevo al dolor.

Si Álex intuyese lo cerca que está de ese punto. Si tan solo imaginara lo próximo que está de conquistar mi corazón. Pero parece que de momento he conseguido ocultar estos sentimientos tras una cortina de inocente coqueteo. No sé por cuánto tiempo me va dejar mantenerlo así, antes de volver a intentar un acercamiento.

Encuentros ¿Casuales?

—¿Y este escritorio? Al lado puedo poner una librería, como las que pasamos antes. ¡Vamos! —Alicia me arrastra de un pasillo a otro del laberinto IKEA. Soy incapaz de concentrarme con las palabras que no dejan de resonar en mi cabeza: “quieres exactamente lo mismo que yo”—. Estas me gustan, no son demasiado anchas, pero se les ve bastante capacidad. Y puedo poner puertas, para que no se vea todo el interior.

—Para eso compra un armario....

—No, mamá, de éstas con una parte de cristal. El efecto será más liviano, ¿dónde se ha visto un armario en un despacho?

El sonido de WhatsApp entrante nos distrae. Es mi móvil. Ali se sorprende, ¿su madre en el mundillo virtual de mensajes y demás? Si solo usa ese medio para contactar con ella... Casi puedo escuchar sus pensamientos.

—¿Es Pol? ¿Cómo que no me contacta a mí? —pregunta, a la vez que me mira con curiosidad.

—¿Y las cortinas? En la ventana tendrás que poner cortinas, ¿no? — intento distraerla, no quiero contarle nada.

—Mamá, el móvil. Tienes un mensaje.

—¡Oh, sí! —Veo la pantalla iluminada unos segundos, y la aparto lo más rápido que puedo, intentando volver a guardar el teléfono en el bolsillo de mi bolso.

—¿No piensas leerlo? Puede ser algo importante.

—No, lo dudo. No hay nada que pueda ser más importante que estar ayudándote hoy.

—¿Quién es? —Mi pobre táctica de distracción no resulta. Acerca sus manos hacia mi bolso, despreocupada—. Déjame ver...

—Nadie, Ali. Del trabajo. Pero ahora no estoy allí. Cualquier tema que me lo consulten mañana. —Guardo más al fondo el teléfono impidiendo que lo alcance, y lo consigo por los pelos. Veo disgusto en su mirada, pero no pienso hablar de Álex con ella, es mi hija. No estoy preparada para ello.

No pasan ni cinco minutos cuando vuelve a sonar el aparato. Maldigo en mi mente, al menos en esta ocasión estoy algo más lejos, Alicia está midiendo las estanterías a ver si el mueble cabe donde pretende ponerlo. Creo

que esta vez no se ha enterado. Aprovecho para darme la vuelta y abrir la aplicación. Es Álex, como sospechaba.

ÁLEX: ¿Dónde estás, mi dulce Lidia? No has acudido a nuestro ya oficial desayuno. Que ya no sea tu jefe no te libra de nuestro café a las 8, Querida.

Primer mensaje. Casi puedo notar su aliento en mi cuello e imagino el descaro en su voz.

ÁLEX: Hecho terriblemente de menos verte en la mesa de enfrente. El día en la oficina es demasiado largo sin tu presencia.

Con el segundo, me tiemblan las manos y el calor sube desde el centro de mi pecho a las mejillas, lo siento recorrerme el cuerpo. También he echado en falta ese primer café en la mañana en su compañía, aunque necesitaba el día de descanso. Ya me había acostumbrado a ese rato de charla informal con él.

Al menos ahora sé que no está enfadado por mis palabras de la mañana anterior. Durante el día no volvimos a hablar de ello y al finalizar la jornada me marché lo más rápido posible para no tener que hacerlo. No puedo evitar una sonrisa. Estaba algo preocupada. Después de la comida supe que tenía una reunión fuera de la empresa con unos clientes, así que no lo vería en la oficina por la tarde. Pensé en escribirle, pero entonces me convenció Ali para que le acompañara a comprar muebles. Por odia los centros comerciales, y se había negado en banda a hacerlo.

—Mamá, ¿quién es Álex? —Por un segundo pienso que se le va a desencajar la mandíbula. Si la abre tan sólo un poco más, parecerá un personaje de dibujos animados. Guardo el móvil en el bolso, rezando que no haya visto lo que me estoy imaginando. Ni la vi acercarse, absorta como estaba.

—Nadie —replico, quitándole importancia.

—¡Oh, no! Hoy no te vas de rositas, Lidia. Vamos a la cafetería porque me tienes que explicar algo.

—No tengo nada que explicar, jovencita. Sigamos con tus muebles.

—Yo te lo cuento todo, mamá. Me gustaría ayudarte igual que tú lo haces conmigo. —Su cara de puchero me desarma. Esta chica es demasiado curiosa y alcahueta, además de extraordinaria. Y no lo digo por ser mi niña. La abrazo y consuelo, el amor que nos une, al haber estado siempre solas ante el mundo, es muy fuerte.

—Acabemos primero con esto —explico. ¿Intuye el cambio en mí? Es

muy posible, me conoce tanto como yo a ella. Hemos pasado por mucho—. Hija, ahora estoy hecha un lío y no me creo lo que me está pasando. No es nada, en realidad, y a la vez es mucho. Si me dejas unos días te prometo que te lo voy a explicar. Pero antes necesito aclararme yo.

—Está bien. —Piensa unos segundos y resopla—. Te concedo ese tiempo, siempre que me hagas partícipe, y pronto. Yo quiero que estés bien. Deberías conocer gente, compartir algún hobby con amigos. Yo que sé, mamá... no puedes estar para siempre sola.

Sonríó y acaricio su mejilla. Mi dulce Alicia, gracias a ella he soportado todo lo que la vida me ha puesto encima.

—Vamos, sigamos con tus muebles, ¿al final cabe o no, la estantería?

—Cabe, mamá. Y ya está encargado. Pago, concretamos el envío, una visita a los servicios y te llevo donde quieras. —Guiña un ojo y me mira divertida. No sé qué insinúa. Está muy misteriosa. Sospecho que algo trama.

—Pues a casa, ¿dónde quieres que vaya? — Parece que vuelve a la carga, mientras nos encaminamos a los servicios. La amnistía ha durado poco, me temo.

—Bueno, como estás tan enigmática. Tienes secretos inconfesables. — Exacto, vuelve al ataque. Tal y como me temía, la tregua que me había dado no iba a durar demasiado. Resoplo—. Voy al entrar al servicio un segundo, mami. Toma, sujeta mi bolso.

Mientras, aprovecho para coger mi Smartphone y enviar un mensaje a Álex.

LIDIA: Estoy con Alicia, pero ya vuelvo a casa. Mañana iré a desayunar contigo, no fallaré.

Envío. Aparece el doble clic azul y sonríó, no tarda en llegar su respuesta.

ÁLEX: Si te dijera que necesito verte hoy mismo, ¿te lo plantearías?

ÁLEX: Me limitaré a mirar como sonrías, tan solo eso. Prometido.

Sus mensajes son rayos directos a mi alma, siento como la atraviesan y estallan en mi interior. Le contestaría que está loco, pero veo que Ali ha salido del baño y se acerca, así que no me queda más remedio que guardar el móvil lo más discretamente que puedo. Cuando llegue a casa, pensaré qué hacer, o qué decir. Le entrego su bolso y coge el mío. Me toca, pues bien.

Espero que en la vuelta a casa no me intente sonsacar nada sobre Álex. Y creo que mis oraciones dan el resultado que esperaba, pues hablamos de varios temas y no vuelve a mencionar nada al respecto. Supongo que ha

comprendido que es un tema muy delicado. Necesito tiempo para ordenar mis sentimientos y estar preparada para enfrentarme a esas emociones a las que no estoy acostumbrada. En el momento que pueda, lo hablaré con ella, y lo sabe.

—Bueno, pues te dejo ya, mami. Te llamo mañana. Descansa. —nos despedimos con un par de besos en la mejilla y un abrazo, a escasos metros de mi edificio. Observo como se vuelve a poner en marcha el coche y se aleja hacia su nuevo hogar. Su cabello castaño, idéntico en color al mío, pero mucho más largo, se escapa por la ventanilla y se agita debido a la aceleración. No termino de acostumbrarme. Ni un mes hace que se mudó de casa. Se me hace extraño ver cómo se aleja. Y a la vez, me enorgullece. Es una joven extraordinaria, que a su edad se hace cargo de todas las obligaciones de una mujer hecha y derecha, con su casa, su marido y su trabajo a media jornada. Incluso nos ha manifestado interés por continuar sus estudios, aparcados temporalmente, en la UNED, y sacar el título a distancia, a partir del próximo curso.

Escondido tras unas gafas de sol, sentado en la terraza del bar que tengo justo enfrente, una silueta conocida me saluda con un leve gesto. Increíble, está aquí. Es él, mi pesadilla. Móvil en mano, se baja las gafas y mira por encima, hacia mí, indicando que me acerque.

—Así quedamos, entonces —habla con alguien—. Ah, muy bien. De acuerdo. Adiós. Soy un tipo con suerte, justo quién quería ver, ante mí —dice, colgando el teléfono y dejándolo sobre la mesa.

—No tiene demasiado mérito, sabías que venía —le replico. Resoplo y me siento a su lado. Me dedica una de esas sonrisas tan suyas, me imagino que orgulloso de su hazaña.

—Si Mahoma no va a la montaña... ¿Qué se suele decir?

—¿Qué haces delante de mi casa?

—Creo que es obvio. —Me mira incrédulo, como si fuera evidente la respuesta a la pregunta que acabo de hacer —. Te espero.

—Pues no veo el motivo.

—Claro que hay motivo. Con suerte hoy consiga besarte —confiesa, y su mirada sigue fija en mí, desvergonzada.

Vergüenza y Desvergüenza

Apenas pasados unos segundos, el camarero se acerca a nuestra mesa. Pregunta si deseo tomar algo. Le pido una copa de vino blanco. Álex le indica que él también tomará una, aunque encima de la mesa tiene otra bebida a medias.

Empiezo a inmunizarme ante sus palabras, ya no me provocan tanta inquietud. Y parece que se nota la pérdida del "efecto Álex" en mí.

—¿Desde cuándo no consigo escandalizar a Lidia con mis insinuaciones? —se cuestiona, en apariencia, disgustado.

—Tendrás que subir de nivel para eso — afirmo.

—¿Estas coqueteando conmigo? —Abre mucho los ojos—. No lo puedo creer. Es casi un milagro. ¿Eres tú? ¿Te han suplantado los extraterrestres?

Niego con la cabeza y le doy un empujón suave en el hombro, sonriendo. Tomo la copa que el camarero acaba de dejar a mi lado en la mesa, y se la tiendo. Él coge la suya y chocamos.

—Es que eres imposible y muy obstinado. — Suelta una carcajada ante mis palabras, que comparto. Reímos juntos. Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano, suave, y acto seguido la aparta, como si el contacto de mi piel le causara algún tipo de dolor.

—¡Vaya! Adoro tu sutileza para decir que soy un pesado. —Finge molestia, lo conozco bien, a estas alturas.

—Sigo sin entender que has visto en mí que tan intrigado te tiene, ¿hay forma de deshacerme de ti? —Llevo a mis labios el contenido de la copa. Siento el líquido entrar en mi boca, frío, y mutar a ardiente según se introduce abriendo camino a través de mi esófago. No suelo beber alcohol, pero el sabor del vino blanco nunca me disgustó.

Le indico al camarero que me sirva otra, ante la estupefacción de mi acompañante. Parece no creer lo que está viendo. Tengo que poner las cartas sobre la mesa. No hay motivos para posponer esta conversación, y quizás con la ayuda de otra copa de vino consiga reunir el valor para enfrentarme.

—Es que no hay nada que entender, son sentimientos. El corazón no razona, Lidia, actúa movido por otra fuerza —declara él, parece de acuerdo con poner en claro la situación en la que estamos metidos.

—Voy a ser lo más clara que pueda. Me gustas, de verdad. Eres atractivo, bastante agradable y me caes bien. Es cierto, no me mires con esa cara. A pesar de ser tan pesado. Pero pierdes tu tiempo conmigo. Dejando de lado que soy mayor que tú, no buscamos lo mismo.

—No tienes ni idea de lo que yo busco. Y no eres tan mayor, el haber pasado de los 40 no nos incapacita para vivir, experimentar, o gozar de la vida. —Intenta cortarme, pero no voy a permitirlo. Por fin he reunido la fuerza que me faltaba y parece que las ideas están claras en mi interior.

Debo aprovechar el momento.

—Eso es cierto. Desde luego no sé qué quieres. Hasta ahí, te doy la razón. Pero sí sé lo que tengo yo dentro. Sé que el amor ya pasó para mí. Lo viví, y se fue. Ya está. Lo intente, te aseguro que hubo un tiempo que salí al mundo e intenté con todas mis fuerzas volver a él. No pudo ser. ¿Ahora pretendes que te conozca y me enamore de ti? Lo siento, no es para mí. —Lo he soltado de carrerilla, sin pensar. Me mira con tristeza—.

Ya no.

Me levanto, no puedo seguir hablando. La tristeza se atenaza en mi cuello y no me deja articular palabra. Si continuo empezaré a llorar, y no quiero que me vea hacerlo. Bastante tengo con ver cómo me mira en estos momentos. Con esos ojos suyos tan extraños, el centro del iris marrón y una aureola verde en la parte más exterior. Emanan cariño de ellos, y ternura. Y una especie de sentimiento de incompreensión, que me pregunta el porqué de tanta desazón, de mi rendimiento antes de tan siquiera empezar, de mi negativa a sentirme viva.

Me alejo dejando sentado a Álex y llego hasta el portal, dispuesta a dejar atrás cualquier indicio de esperanza. Es mejor así.

Pero algo me impide cerrar de nuevo esa puerta y esconderme de todo y todos. Es Álex. Entra y se pega a mí, empujándome contra la pared.

—No has entendido nada, Lidia. No quiero más que despertar una posibilidad, una opción que quizás no consideraste. No pretendo que te enamores de mí, soy mucho menos pretencioso. Sólo quiero abrir esto que guardas con tanto celo. —Coge mi mano en la suya y la pone sobre su pecho, para en unos segundos ponerla sobre el mío—. Hay algo que late ahí dentro. Igual que hace el tuyo, ¿o no lo has notado? ¿Por qué ignorarlo?

Hay en sus ojos una fuerza que no había visto hasta ese momento, desconocida. La decisión en su mente se materializa en forma de deseo. Acerca sus labios y los posa sobre los míos, con una dulzura increíble. Siento

como estallan todos los muros que tanto me había costado construir y mantener, la demolición está cerca. El calor infinito de su boca sobre la mía, subiendo de intensidad a cada roce. Su aliento está impregnado del sabor del vino blanco. Me atrae, me provoca, cuando se separa de mí un milímetro escaso, para volver a atacar mis labios, y en apenas si un segundo, en el que quedo expectante, a la busca y captura de sus ojos. Dejo emerger mis sentidos sin reparar en las consecuencias.

Respondo a su beso con una seguridad que no creía capaz en mí, abriendo ligeramente la boca para que pueda introducir la lengua y acariciarme de una manera más íntima y sugerente. Ambas se enlazan, juegan la una con la otra, conociendo cada rincón, probándose. Derrotada, y con una lágrima bajando por la mejilla, me dejo querer por esos labios, esa boca, esa lengua que han ganado la batalla y destrozado la máscara de frialdad en la que me escondo del mundo.

Entra mi razón en escena, incapaz de entender que es lo que mi cuerpo hace, a expensas de ella, y lo separo de mi boca, que desea seguir siendo besada de esa forma. “No”, me repito a mí misma, auto convenciéndome de que ese no es el camino. Aparto su cuerpo del mío y mi mano aterriza sobre su rostro, quizás de una forma demasiado violenta.

—¿Qué haces? ¿Cómo te atreves? —le pregunto sin atreverme a fijar la vista sobre sus ojos. Puedo adivinar, sin necesidad de hacerlo, su mirada confusa.

Respiramos acelerados, uno frente al otro, apenas separados por unos centímetros. Se acaricia la cara en el lugar donde ha recibido mi impacto. En estos momentos me siento fatal por mi reacción. Tengo yo la culpa, he continuado su beso. Tendría que haberlo rechazado desde el primer momento, y en lugar de eso, me he entregado sin cuestionarme nada.

En silencio nos mantenemos durante uno o dos minutos. Yo soy incapaz de decir palabra, y él parece no saber qué decir.

—Lo siento, pensé que lo deseabas tanto como yo. Y me dio esa impresión la fuerza de tus labios sobre los míos. Tranquila. No volverá a suceder. —Respira hondo con cada frase, calmando sus ganas. Con su mano izquierda acaricia mi mejilla y toma mi barbilla, obligándome a mirarlo una vez más. Avergonzada por lo sucedido, me dejo guiar, y pongo mis ojos sobre los suyos. Siento la misma ternura de siempre, el mismo amor—. Buenas tardes, Lidia. Nos vemos en la oficina. De verdad, lo siento.

Pactos secretos

ALICIA: Te conviene hablar conmigo, si quieres tener alguna oportunidad con Lidia.

Un mensaje de WhatsApp acaba de llegar al teléfono de Álex, de un número desconocido, dejándole perplejo. ¿Quién debe ser? ¿Cómo es esa persona que tiene su número? ¿Cómo lo ha conseguido? Lee el mensaje de nuevo, pero nada le da una pista.

Álex se pasa la mano por el pelo, nervioso. Es alguien que conoce sus intenciones, pero no ha hablado de ello más que con la propia interesada. A lo mejor alguien en el trabajo, viéndolos más unidos en estos días, ha empezado a atar cabos. Niega con la cabeza, no es posible. Nadie suele desayunar en esa pequeña cafetería. Es un local pequeño en una calle peatonal por la que sólo suelen pasar los vecinos. Y en la oficina siempre intenta ser muy cuidadoso, jamás pondría en una situación comprometida a Lidia. Daniel, Marina o alguno de los demás tampoco, conoce y tiene agendados sus números de teléfono. Además, Marina no iba a ofrecer ayuda. Ni por error, vamos.

ÁLEX: ¿Quién eres?

Se atreve a preguntar. Quien sea, tiene buenas intenciones. Necesita ayuda, eso es cierto, pues esa mujer es tan terca y difícil, que se siente desarmado ante ella más veces de las que quisiera. Aunque lo disimula bastante bien.

No sirven las caricias fugaces que le queman las yemas de los dedos cuando le roza la piel. Sus ojos le roban toda atención, desde que alguien les presentó en la oficina, al poco de empezar en la empresa. Ni siquiera recuerda quien fue, pero lo que sí le ha sido imposible olvidar fue su gesto, casi imperceptible, desviando esa mirada azul turquesa un segundo para volver a posarla sobre él, con una timidez impropia de una mujer madura. Recuerda a la perfección el sentimiento que inundó su interior, una sensación asfixiante de calor y deseo, dejándolo casi sin respiración por segundos. Evoca en su mente ese día, cuando se giró hacia donde estaba, con su cabello castaño algo más claro que el suyo cayendo en cascada sobre los hombros. No era una diosa de cuerpo espectacular, ni la aparición más bella sobre la tierra, ni nada

fuera de lo común, pero en ese instante supo que era especial, que tenía algo que él anhelaba, sin saber el qué, pues era intangible. Pero estaba en su interior y lo necesitaría, en un futuro cercano.

Después de unas pocas palabras cruzadas y conversaciones en el ascensor en las que ella evitaba cualquier acercamiento, por ínfimo que resultase, descubrió que sin lugar a duda debía poseer a esa mujer, fascinante y misteriosa sin igual. Su forma de mantener las distancias, en lugar de alejarla de su mente, la introducía cada día más adentro. La manera de replicar sus bromas y dejarle plantado en cada pasillo le volvía loco. En más de una ocasión pensó en agarrar su brazo, acercarla a su pecho y besar esos labios que le seducían con cada sonrisa. Olvidando donde estaban y con quien, sin importar nada más que conseguir probar su boca, aunque después de eso se llevara un tortazo y una negativa para siempre.

ALICIA: Alicia Serrano. He visto mensajes que le has enviado, *sorry*.

Arquea las cejas, apenas creyendo lo que sus ojos ven y leen. La mismísima Ali se pone en contacto con él, para brindarle su ayuda. Ali, la hija/escudo de la impracticable Lidia, la inalcanzable Lidia. ¿Cómo habrá conseguido ese número de teléfono?

ALICIA: Te voy a dar un consejo: a por ella sin dejar que piense. Piensa en todo demasiado.

Pasándose la mano por el pelo, empieza a escribir algo en la pantalla, cuando entra el siguiente mensaje.

ALICIA: La dejaré en su casa en aproximadamente media hora. Ya sabes dónde es, y tampoco te estoy diciendo algo que no supieras ya. ¡Muévete!

Increíble. Sin saber cómo, la famosa Ali de Lidia le indica, sin más conocimiento de él que el que le puedan haber dado sus mensajes, que se lance sin dudar.

ALICIA: Ahora no puedo escribir más, ya vuelve. Hablamos pronto.

Álex sonríe para sí y se prepara para salir. Su rutina de ejercicios deberá esperar hoy, no se puede desperdiciar una ocasión como ésta, servida en bandeja de plata. Perpetrada por la hija de la propia presa, como suelen bromear en ocasiones cuando están en la cafetería, que es lo más cercano a una cita que ha conseguido por él mismo. Patético.

ÁLEX: Lidia no es sólo un capricho. Ella es mucho más.

Teclea rápido, justificándose ante la joven, acabando el mensaje que había dejado a medias.

Y se pasa la mano por el pelo.

Busca las llaves del coche, la cartera y las gafas de sol, dispuesto a salir. Su corazón palpita al doble de velocidad habitual y pone la mano sobre él, acariciando suave, respirando hondo. Desbocado ante la perspectiva que de repente se abre ante él, mucho mejor de lo que había imaginado. La clave está en lo que lleva tanto tiempo resistiendo por temor a dañarla.

—¡Amigo! —Habla en voz alta, pero lo hace consigo mismo, los ojos cerrados y la mano sobre el pecho, en un intento de calmarse—. Hemos pasado mucho hasta llegar aquí. Tenemos una cita importante. Hoy va a ser un día muy especial. Confío en ti. Tranquilo.

Minutos más tarde, desde una terraza que queda a muy poca distancia del portal dónde vive Lidia, puede ver cómo hace parada un Seat León negro. Ella baja del asiento del conductor, preciosa, con unos tejanos ajustados a su figura, una camiseta amplia de color rosa palo y sandalias con plataforma. Intercambia palabras con su acompañante femenina, una versión menor de ella misma que, sin lugar a duda, tiene que ser la famosa Alicia. Esta última pasa al lugar del conductor, el que Lidia deja libre. Poniendo el coche en movimiento, se dirige calle abajo hasta desaparecer de su vista. Álex sonríe. Eso explica los últimos mensajes recibidos. Esa chica es toda una Celestina en potencia. Ha decidido confiar en él y se lo agradecerá cuando la conozca en persona.

Sus ojos hacen contacto y el tiempo parece suspenderse por unos segundos. Por su mente sólo pasa un pensamiento. Ha llegado el momento de llegar hasta el final, y dejar las insinuaciones de lado. Con el corazón a mil observa como su diosa particular está cruzando la calle para reunirse con él, manteniendo la mirada fija y sin titubear.

—Respira hondo Álex —se dice de nuevo—, llegó la hora de la verdad.

Un beso puede cambiarlo todo en un segundo

Álex se marcha, me deja temblando ante el ascensor. Su beso me ha encendido el alma. No creo recordar sensación igual. Es como un shock. Me ha besado y me ha cortado la respiración durante varios segundos. Como en las películas, algo que pensé que jamás podría suceder.

Subo peldaño a peldaño, envuelta en un extraño aura, confundida, flotando.

Acaricio con cuidado mis labios, calientes, doloridos incluso. Pienso que hace unos segundos estaban cubiertos por los suyos. He podido degustar su aliento en el interior de mi boca, me he quedado con las ganas de seguir explorando. Podría haberlo hecho, y lo he estropeado. Lo reconozco, estoy temblando por lo que ese contacto ha sacudido en mi interior.

Ya en casa, reflexiono en los momentos compartidos. Siempre atento, pendiente de mis necesidades. Cuando Álex me pide algo, me mira con esos ojos que me fascinan, suplicantes, y puedo ver su deseo en ellos. Ese brillo que me encandila y me transmite tanto.

Sentada en mi *chaiselongue*, recuerdo cada uno de esos momentos. Me gusta. Me ha gustado ese beso. Lo he disfrutado, sí, y ahora, ¿qué?

En la pantalla de mi teléfono móvil aparece una nueva notificación, su peculiar sonido me saca de las ensoñaciones de mi mente. Un mensaje de WhatsApp de Álex. No me hace falta mirar la pantalla para saber que es él, tengo una corazonada.

ÁLEX: Te he mentado. No siento lo ocurrido, lo deseaba. Y aun lo sigo deseando.

LIDIA: Estoy muy confundida, Álex. No sé qué pensar ni qué hacer.

ÁLEX: No pienses. No se trata de eso.

LIDIA: No debo, no tiene ningún sentido que sigamos con este juego.

ÁLEX: Nadie juega aquí. Ojalá me dejaras demostrarte lo que quiero. Es simple: cuidarte, quererte, apoyarte.

Ahí está, de nuevo pendiente de mí.

Mis dudas, siempre al acecho. No puedo. Me prometí seguir por siempre

unida al amor de mi vida, aunque él ya no estuviese conmigo. No merezco esto. Debo pararlo.

LIDIA: No sigas. No soy lo que buscas.

LIDIA: No lo entiendes. No puedes comprender.

ÁLEX: Explícamelo. Quiero saber qué pasa.

LIDIA: No puedes pedirme algo así.

Dejo el móvil sobre la mesita mientras seco las lágrimas con el dorso de mi mano. ¿Por qué tiene que ser tan persistente? ¿Por qué no acepta lo que le digo, sin más?

Vuelvo a tomar entre mis manos el estúpido aparato y tecleo con fuerza, decidida, casi sin ver la pantalla debido a la humedad que me nubla la vista.

LIDIA: Olvídate de mí. No tengo nada que ofrecer y no estoy preparada para tener una relación con nadie.

Apago mi Smartphone. No quiero seguir hablando del tema. No quiero exponerme ante él. Ya sabe mucho más de lo que debería. Le he dejado entrar demasiado adentro en las últimas semanas, no podría soportar más. Cuanto más sepa, peor y más difícil se me hará apartarlo de mi lado.

Recojo las ilusiones, el calor y la pasión que ese beso me han procurado. Los instalo en lo más profundo del alma, los escondo para intentar no encontrarlos de nuevo. No puedo aceptar ese regalo, no tomaré una segunda oportunidad que no está en mi destino tener.

Pensar o no Pensar

Una ducha me sentará bien. Necesito relajarme, y el agua tiene ese efecto en mí. El agua me libera de los nervios, del deseo insatisfecho y de las absurdas ideas que cruzan mi mente. Consigue hacerme olvidar al persistente Álex unos minutos, volver en mí, a lo que soy. Bajo la ducha podré seguir llorando hasta que se me acaben las lágrimas.

Con el agua cayendo sobre mi piel, mis nervios vuelven a estar bajo control. Hasta que unas llamadas al timbre de la puerta me sacan de mi letargo acuático.

En la puerta, a través de la mirilla, veo que es Álex, al otro lado. Parece disgustado, y casi por abandonar. No puedo dejar que se vaya. No esta vez. Mi cuerpo actúa sin que mi cabeza le de autorización, y abro.

Delante de mí, un Álex dubitativo, irreconocible. Me observa desde el descansillo sin atreverse a entrar. Le hago un gesto con la cabeza para que se acerque, un gesto que no tengo que repetir, pues comprende al segundo lo que quiero. Y se dirige directo a mis labios, húmedos por el agua de la ducha. Acaricia mis cabellos, mojados. Me da las gracias por abrir. Me mira a los ojos y en ellos veo el reflejo de mis inseguridades. Ahora no, ya no.

Avanzamos por el pasillo, enlazados, mordiéndonos el uno al otro, saboreando mutuamente el deseo que se desprende de ambos. Siento sus dientes presionar sobre los lóbulos de mis orejas, los labios sobre mi nuca, en el cuello y en la barbilla. Sus manos bajan acariciando mi cuerpo por encima de la toalla en la que estoy envuelta. Giro para encarar la puerta de mi habitación, tan decidida que casi me asusta mi determinación.

—Lidia, he esperado mucho este momento. — Ataca con su lengua mi nuca, otra vez, apartando el pelo a un lado. Me siento volar, y no puede ser el vino, sólo han sido dos copas. Sin duda el culpable es el efecto que está causando Álex en mi cuerpo y en mi mente. Él es quien me ha emborrachado de pasión desmedida.

Una vez en el interior el anhelo se hace más apremiante. Deseo con todas mis fuerzas seguir explorando y probando todos sus sabores. Y continuamos unos minutos que parecen horas en una especie de baile frenético de nuestras lenguas, pegados el uno al otro, apoyados contra la puerta del armario.

Álex es quien primero rompe el beso. Susurrante. Primero aminora el

ritmo, lo suaviza, y finalmente se separa, manteniendo mi cabeza entre sus fuertes manos. Serenando lo que ha provocado.

—Escúchame... Lidia... Espera un momento. —Me obliga a centrarme, a soltar sus labios y mirarlo a los ojos—. Si tú quieres que me vaya, me voy. Sólo tienes que decirlo. Te aseguro que no sé qué va a pasar con esto que está pasando entre nosotros, que no sé dónde nos llevará. Pero... ¡Mírate ahora mismo! Tu cuerpo vibra a mi lado. Sientes tanto como yo. No lo ignores, no lo niegues antes de saberlo.

—Quédate conmigo hoy —ruego tomando entre las mías sus manos. Lo arrastro junto a mí, recuperando el contacto con su piel, que en estos momentos me parece tan necesaria como el aire que respiro. Me dejo seducir por la atracción y dejar a un lado la parte más cerebral, ya más tarde pensaré. Ahora algo más fuerte que el entendimiento me obliga a seguir con lo que se ha desatado entre ambos.

Dejo que la toalla que me cubre se deslice hasta el suelo, dejando mi cuerpo expuesto. Alex se separa para mirarme, extasiado. Le ayudo a desabotonar la camisa, dejando su pecho al descubierto. Una enorme cicatriz la cruza. Me sorprende, pero no digo nada al respecto. Solo paso mi lengua por encima para saborear su piel ardiendo, siento tanto calor que casi me he secado por completo, con su contacto.

No deja de besarme, en silencio, y yo recibo sus besos con los ojos cerrados, soñando con esos labios en cada parte de mi cuerpo. Tras la camisa, se descalza, y van los pantalones. El resto de su ropa queda en el suelo, abandonada. En pie el uno frente al otro nos inspeccionamos centímetro a centímetro, recorriéndonos. Girando en torno a nuestros cuerpos que laten al unísono.

—Eres espectacular, Lidia. Quiero amarte, déjame amarte como mereces —susurra a mi oído, sensibilizado ante la cercanía de su aliento. Me recorre la pasión arriba y abajo, en mi interior, que ya lo reclama.

Sentados sobre la cama, acaricia con sus dedos mi pecho desnudo, entre beso y beso. Su tacto me desborda. En ocasiones lleva él la voz cantante, en otras soy yo quien guía sus manos y sus labios a donde los quiero sentir. Acabamos por quedar tendidos sobre la colcha, con nuestras manos enlazadas. Desnudos por completo, expectantes.

—¿Quieres esto? Lo quieres, ¿Verdad? —En una última oportunidad para negarme, le sonrío. Si ahora le digo que me he arrepentido, estoy segura de que se levantaría y me dejaría, sin acritud. Incapaz de seguir adelante si

nota un germen de duda en mí.

Afirmo con la cabeza. Lo deseo, necesito tenerlo entre mis piernas y sentirlo dentro de mí. Apenas puedo esperar a que se coloque el preservativo que ha cogido de su cartera, en el suelo, junto al resto de su ropa. Le ayudo a colocárselo, estirado de nuevo en la cama a mi lado. Me subo sobre él a horcajadas, sonriendo con picardía por lo que estoy a punto de hacer. Pone sus manos sobre mi cintura, mirándome fijamente, mientras yo lo introduzco en mí, sin vacilar. Siento como me llena, y es una sensación maravillosa. No entiendo cómo pude olvidar algo así. Con sus manos sobre mis pechos, nos movemos a un ritmo nuevo, creado por ambos, mirándonos a los ojos y descubriéndonos por vez primera.

Después

Desnudo en mi cama, Álex duerme tranquilo. Su respiración serena transmite paz, y me concentro en él. Observo sus facciones duras. No es lo que se podría llamar un hombre guapo, pero sí tiene algo especial. Su atractivo radica en la seguridad que emana de sus movimientos, de su forma de hablar, su forma de pedir las cosas, o como se insinúa. Es todo un galán descarado. Dos características de habitual enfrentadas que en él conviven de manera natural. Y en estos momentos la barba incipiente que sombrea su rostro le da un aspecto desaliñado y muy sensual.

Pongo las manos sobre mi cara, avergonzada. No sé cómo he dejado que esto pasara. Yo, inquieta y nerviosa, me recuesto sobre el cabecero. Sentada en la cama, busco con la mirada la toalla, que sigue en el suelo. Si intento justificar lo sucedido como un maldito momento de lujuria, mentiría. Todavía no entiendo como he podido caer así en la tentación, pocas personas en toda mi vida consiguieron liberar mi cuerpo de mi mente, y menos con tanta fuerza.

Es todavía muy temprano, apenas las seis de la mañana. Demasiado para levantarme, y él me saca de mis cavilaciones al moverse. Gira su cuerpo, dormido aún, intranquilo por un instante. Parece buscar algo que no encuentra, hasta que pone su mano sobre mi vientre, y la desliza por mis caderas.

—No ha sido un sueño, ¡gracias Dios! — murmura estirándose—. Buenos días, queridísima Lidia. Decir que es un placer despertar a tu lado, es quedarse muy corto. —Arrastra las palabras, destilando sensualidad.

—Buenos días. —Intento que mi voz suene lo más normal posible, pero rehúyo su mirada y busco la sábana para tapar algo mi desnudez. Se aproximaba para besarme, quizás.

Ante mi gesto, se aparta con cierto recelo, y un ápice de disgusto se instala en su rostro.

—¿Has dormido bien? Me muevo mucho, lo siento...

—Deberías marcharte —digo, sin más. Estoy mal, mis ánimos no son los de anoche. Intento suavizar mis palabras, tampoco tiene la culpa de mis errores—. Quiero decir que, aunque puedes ducharte, no tengo ropa que te puedas poner. Y en pocas horas tenemos que estar en la oficina.

Hay tensión en mis palabras, imposible disfrazarla de cualquier otra

cosa. Me incomoda tenerlo al lado, tumbado, apoyado en sus codos, mirándome como me mira, hambriento, en un lugar que no le pertenece porque ya tenía dueño, porque era suyo para siempre. No quiero ser borde ni desagradable con él, pero no lo consigo, no sé hacerlo.

—De acuerdo. —Eso le ha dolido, y lo siento—. Si te parece bien, me doy una ducha, voy a mi casa para cambiarme y nos podemos reunir después en la cafetería para desayunar. —No se rinde, y no puedo decir que eso a mi yo interno le disguste. Un escalofrío de placer me recorre. ¿Cómo puedo ser tan volátil? ¿Qué es lo que de verdad quiero?

Comprueba algo en su teléfono móvil mientras le tiendo una toalla limpia del interior del armario. Tarea, sea dicho de paso, que no resulta fácil enrollada en la sábana y evitando mirar el cuerpo desnudo que tengo delante. Debajo de la ropa escondía el señor una buena musculatura, no exagerada en volumen, pero sí fuerte, trabajada con horas de ejercicio físico. Él nota mi perturbación y sonrío, orgulloso.

—Voy a tomar esa ducha, entonces. A menos que quieras acompañarme —susurra a mi lado, mientras fija sobre mí esa mirada tan suya que me derrite. El Álex seductor está de vuelta y en parte me alegra. Aunque como respuesta le haya lanzado la almohada, debo reconocer que ha conseguido que mi corazón de un vuelco.

Vuelvo a mis ensoñaciones. Esto no debió haber pasado, pero fue genial. Vuelven a mi mente escenas como si de una película se tratara. Cierro los ojos para concentrarme y revivir lo pasado esta noche. Recuerdo el sabor de su piel, cada peca en su espalda, la cicatriz que cruza su pecho. No quise preguntar entonces, al descubrir el tacto rugoso en mis dedos. Me negé explicaciones, y no soy yo quien las exija, cuando yo misma tengo las mías y las escondo en mi interior. Cada beso, cada caricia, la dulzura con la que nos fuimos despojando de ropa, recuerdos, vergüenza e inseguridad.

No es para mí. Tengo que hacérselo entender, me repito como un mantra. Y debo aceptarlo yo. Esto no volverá a suceder.

Dejo de escuchar el agua caer, cuando suena un teléfono móvil, pero no es el mío. Es una notificación en el Smartphone de Álex, que se ha quedado sobre la cama. Miro la pantalla y no puedo creer lo que están viendo mis ojos. Es un mensaje de WhatsApp de un número de teléfono que conozco muy bien. Mi corazón va a mil por hora con esta revelación: el número de Alicia. ¿Cómo es posible?

—Tu turno. —Acerca sus labios a los míos y esta vez, sí, distraída en

mis pensamientos y confundida, los atrapa, besando cada milímetro.

Tan solo cubierto por la toalla, mojado, rozo con las yemas de los dedos su mandíbula, pincha. Sin afeitarse me resulta igual de atractivo, o incluso más. Demasiada tentación, si no fuera por lo que acabo de descubrir y que me tiene totalmente fuera de lugar.

¿Con quién debería hablar de esto primero?

Traición

Álex sigue atacando mi cuello, y no puedo pensar con claridad. Su cuerpo desnudo, tan cerca del mío, irradia un calor que penetra en mí y me desborda, dejando mi ser sin armas y sin fuerzas para luchar ante el deseo que provocan sus besos.

—He cambiado de idea. —Besa la base de mi cuello—. No quiero marcharme. —Besa un poco más arriba—. Es el turno de tu ducha. —Más besos, subiendo por mi barbilla—. Te espero.

—No entiendo nada. ¡Me desesperas! —

Cierro los ojos intentando concentrarme, parece una tarea imposible con su aliento sobre mi piel y tan cerca de mi boca—. No hay nada más que pueda ofrecerte. Ya conseguiste lo que querías de mí, ¿no?

Mis últimas palabras lo hacen cesar, y me mira contrariado. Una mirada de “eso me ha dolido” que he visto alguna que otra vez. Y aprovecho la ocasión para separarme de él.

—Voy a la ducha. Cuando salgas cierra con un portazo.

—¡No he visto mujer más desesperante y cerebral! —proclama al aire, pues sigo mi camino fingiendo no atender a lo que dice—. Ya te expliqué que no hay nada que entender, y te demostraré lo equivocada que estás. Has luchado por la felicidad de Ali, ahora toca luchar por la tuya, te lo mereces.

Lo dejo ahí, con la palabra en la boca. Debo alejarme. No sabe lo que dice, no sabe lo que merezco o no, no tiene idea de nada. No es nadie para juzgar lo que tengo y lo que no, o si es o no suficiente. En estos momentos necesito del agua de nuevo para sanar mis heridas, tanto antiguas como recién abiertas. Mi cabeza da vueltas, en dos frentes opuestos y en lucha conmigo misma.

El agua cae en modo lluvia sobre mi cuerpo, y pienso una y otra vez en lo sucedido las últimas horas. He pasado la noche con un compañero de trabajo que no es tan solo un compañero, por mucho que quiera negarlo. Hace tiempo que pasó a otro nivel, debo aceptar la realidad. Que recibe mensajes desde el teléfono móvil de mi hija, ¿dónde está la relación? ¿Qué es lo que está pasando aquí? En cuanto salga de la ducha llamaré a mi hija, le preguntaré qué pasa, qué me ocultan. Ali me debe una explicación, vaya que

sí. Me va a tener que explicar muchas cosas.

Por otra parte, la más física, Álex ha conseguido hacerme despertar, me ha hecho sentir como nunca, o al menos, eso pienso. Me he visto reflejada en su incesante deseo y juego de seducción. Algo que pensaba muerto y enterrado se removió anoche, es innegable. Una parte de mí querría volver a hundirlo. La otra, lucha por emerger y abrirse paso ante la perspectiva que ese hombre me muestra. El miedo me atenaza, en tan sólo unas palabras: futuro, amor, opciones.

No puede ser, no es para mí. No merezco nada similar. Niego con la cabeza. Decido dar fin a mis pensamientos antes de volverme loca y salir de la ducha. En alboroz, cruzo hacia mi habitación cuando un ruido de cacharros suena en la cocina.

—¿Qué haces?

—El desayuno. He preparado café, y tostadas con mantequilla. No sé qué sueles tomar. — Totalmente vestido, pero con la camisa abierta, se pasea con naturalidad por mi cocina, abriendo cajones y buscando los cubiertos, concentrado como si lo que estuviera haciendo fuera de suprema importancia —. Ya te lo he dicho, he cambiado de idea. No iba a quedarme con los brazos cruzados. Desayunamos aquí, te llevo a la oficina y después ya paso por mi casa. —Me mira con ingenuidad, como si lo que me está diciendo fuera una obviedad, hasta que se percata que todavía estoy sin vestir.

—Te arrancarías ese alboroz ahora mismo, pero tienes que comer algo. —Me mira y me sonrío, burlón.

—Te he dicho que te fueras. —No sueno enfadada, no lo estoy, él lo entiende así. De hecho, si hubiera salido a mi piso, y lo hubiera encontrado vacío, me habría sentido muy mal. Se acerca lento, mucho, hasta estar a apenas un paso, mirándome sin pestañear, seguro de lo que hace y, me atrevería a decir, siente. Acaricia con su mano la mía.

—No me echas de tu lado. —Su voz es casi una súplica y sus ojos se nublan. En estos momentos algo se clava en mi alma, pero no puedo discernir el qué, si esa caricia, esa frase, o su mirada—. Deja que te conozca, no quiero las migajas de ti que me dejaste ver anoche. Hace casi 6 años que te conozco, y no te conozco. Ni tú a mí. ¿No te parece que ha llegado la hora de cambiar eso?

Debería preguntarle por qué Ali y él se escriben, desde cuándo, pero no me atrevo. No es el momento. Juguetea con mi cinturón y aproxima nuestros cuerpos, tirando de él. Debería preguntarle, pero intento cambiar de tema, sin

resultado favorable.

—Si no aceleramos llegaremos tarde — balbuceo.

—Quiero conocerte de verdad. Quiero una cita de verdad y que me tomes en serio. —Me besa y le beso. No me puedo negar a sus labios, es superior a mí. Apoyo mis manos en su pecho semidesnudo, para sentir en ellas el calor que desprende—. Deberías vestirme.

—Se nos va a echar el tiempo encima. Sí.

—No —asegura, negando con la cabeza—, o nada impedirá que te suba a la encimera que tengo justo detrás. —Ríe obsceno, señalándola antes de poner sus manos en mi culo, que aparto de un manotazo haciéndome la ofendida.

—Descarado. —No consigo parecer enfadada, ya que ni se inmuta.

—No tardes, que se enfría el café con leche, queridísima Lidia —susurra él, ignorando mi débil insulto; se gira y continúa con lo que está haciendo. No voy a decir nada, no quiero que piense que he cotilleado en su teléfono. Mejor hablo primero con mi hija.

El momento de destapar secretos

—Hola, mamá. ¿Te parece si vamos a aquel restaurante vegetariano que fuimos el mes pasado? ¿Lo recuerdas? Podemos llegar caminando, es apenas un paseo.

—Perfecto. Hacen buena comida, y luego te queda cerca —afirmo, es un local acogedor, muy íntimo, y cocinan delicioso.

—Claro, y así nos da más de sí el ratito. — Sonríe. Noto en ella nerviosismo, curiosidad. La conozco bien. Conozco esa mirada expectante. La he visto en muchas ocasiones, siempre que desea algo y sabe que lo conseguirá. Siguiendo la conversación llegaré donde quiero. Lo soltará ella misma.

—¿Han llegado ya tus muebles? —Mi inocente pregunta parece dejarla fuera de lugar.

—Sí, están embalados. Seguramente el fin de semana los empezaremos a montar y colocar.

—¿Necesitáis ayuda?

—No, tranquila. De eso se encarga Pol, que para eso es el hombre de la casa —bromea, no me imagino a mi yerno montando nada, es muy torpe para esas cosas—. Ha avisado a los colegas para eso. Entre todos lo conseguirán, digo yo... aunque de esa pandilla de informáticos poco espero. Además, tú tendrás cosas que hacer, planes y eso, ¿no? Podrías volver a salir con tus amigos del trabajo...

—No lo creo. La mayoría tienen familia que atender, esa cena fue algo extraordinario, como la de Navidad de la empresa. Todos tienen su pareja, hijos, obligaciones, sus amigos de verdad, compromisos.

—¿Todos?

—Casi todos. No seas pesada con el tema. — Quizás si me comporto como si nada hubiera sucedido ella misma se ponga en evidencia y confiese lo que pasa.

—Pero, mamá, ¿y Álex?

—¿De qué conoces tú a Álex? —Se descubrió, sabía que era cuestión de un poco de conversación y saldría el tema.

—Alguna vez lo has mencionado —miente.

—No. No lo he mencionado, Alicia. —Me siento como volver atrás en el tiempo, en un déjà vu, cuando era apenas una adolescente—. Y ya que lo

mencionas, me gustaría saber qué es lo que tú precisamente hablas con él.

—¿Te lo ha dicho? Mamá no le conozco en persona, he hablado con él por teléfono esta mañana. Es amable, se ve muy...

—¿Por qué tienes su número de teléfono? —la corto, es algo que necesito saber, y no quiero excusas.

—Ayer estuve cotilleando en tu teléfono. — Baja la mirada, avergonzada—, mientras estabas en el baño de Ikea. Luego le escribí algunos mensajes, cuando conducías. Me ha dicho que tomó algo contigo cuando volvimos, y que le gustaría volver a hacerlo. Creo que le gustas mucho, mamá.

—Eres una alcahueta. No vuelvas a hacer eso. Estáis jugando con fuego, y podemos salir heridos todos. —Ahora entiendo porque insistió en que debía conducir yo su coche de vuelta—. No puedo creer que hayas hecho algo así, Alicia.

—Deberías considerar salir con él. Parece un buen tipo, me cae bien. Me ha parecido agradable y atento en nuestra conversación telefónica.

Y tú llevas demasiado tiempo sola, no puedes estar así por siempre.

Por sus palabras parece ser que Álex ha sido respetuoso, manteniendo al margen en lo posible los detalles de nuestra relación, si es que se puede llamar así, aunque lo más coherente sería llamarlo desliz. No puedo volver a traicionar la memoria del padre de Ali. No sería justo.

—Papá no estaría de acuerdo con que vivas así. Lo sé. —Alicia es capaz de leer mis pensamientos, cosa que no me gusta en absoluto.

—No tienes idea. Apenas lo conociste — respondo, quizás demasiado arisca para lo que ella está acostumbrada. Se sorprende por mi actitud negativa, aunque no entiendo qué tipo de contestación esperaba.

—Mira, no puedo ahí quitarte la razón. Solo sé lo que tú me has enseñado de él, mamá, en efecto —me replica, sin dar su brazo a torcer—. Y en base a eso, me permito aconsejarte. A él esto que llevo años soportando, esto en lo que te has convertido, no le gustaría. Perdóname que sea tan dura contigo, mamá, pero es que resulta que yo te quiero. Y él te quería. Y querría verte feliz, si era tal y como tú me enseñaste, claro.

Una verdad dolorosa

Las palabras de Alicia me hacen reaccionar. Es muy probable que tenga razón. Perdí a mi marido, sí. Y acabé con su vida prácticamente la mía. No le gustaría verme en esta especie de limbo sentimental en el que vivo. Él, allí donde esté, querría una vida para mí equiparable a la que quiso ofrecerme cuando me pidió matrimonio.

Dejamos el tema polémico aparte durante la comida, ya le hemos dedicado demasiado tiempo. Una vez ambas posturas están sobre la mesa, volvemos a ser la madre e hija que somos siempre.

—Ya lo tengo todo listo, Mamá. Me he matriculado, en septiembre empiezo las clases. ¡Estoy emocionada!

—¿Presencial? Pero...

—Me he organizado. He pactado una reducción en mi horario de trabajo con mi jefe para compatibilizar trabajo y estudios. Podré asistir a las clases, y apenas me afecta en el sueldo. Es más, una vez tenga el título, las condiciones de mi empleo cambiarían, y podría promocionar. ¿No es genial? —Aplaude y sonrío, emocionada.

Ali me cuenta sobre la información que ha recabado para continuar con sus estudios, lo tiene claro. En septiembre retomará la carrera. Me alegra, no estuve muy de acuerdo en que los dejara aparcados para organizar una boda y llevar su casa. Ella era muy capaz de poder con todo, aunque en ese momento era normal que le acosaran las dudas. Demasiado en lo que pensar. Es bueno que se haya dado cuenta por sí misma, sin que nadie la forzara a tomar según qué decisiones. Por y yo sabíamos que esto sucedería. Por eso no quisimos meternos. La conocemos, y habría sido contraproducente.

Nos sirven los platos, unos chips de calabacín, zanahoria y patatas crujientes y un paté de olivas con tostaditas, como entrante. Mi berenjena rellena, además de tener un aspecto impresionante, está deliciosa. Hacía tiempo que no venía aquí a comer, y casi no recordaba lo riquísimo que está todo, a pesar de no usar carnes.

—Mamá, debo volver al trabajo. Estoy llenísima... Adoro este sitio. ¿Vuelves a la oficina?

—No, ya acabé por hoy. No tengo que ir para nada... Espera... ¿No he

sacado el móvil durante la comida? —Revuelvo el interior de mi bolso.

—Yo no lo vi en ningún momento. Mira bien. Tiene que estar dentro. Siempre lo llevas ahí. En aquel bolsillo interno. Tiene que estar.

—No está. No. —Vacío el interior del bolso sobre la mesa, repasando los objetos. — Mira: mi cartera, las llaves de casa, las del coche, un paquete de kleenex, el neceser pequeñito con maquillaje, un paquete de chicles...

—¿Son de menta? ¡Dame uno!

—¡Haz el favor de concentrarte! No está... Lo he perdido, o me lo han robado.

—Eres despistada, mamá. Seguro lo dejaste en algún sitio. Igual ni lo cogiste y se quedó en casa. Muchas veces antes te ha pasado...

—No, lo cogí. Estoy segura. Lo estuve usando. —Recuerdo cuando en el coche de Álex estuve consultando los mails para evitar hablar con él—. Esta misma mañana.

—¿En la oficina? Pues entonces lo has dejado en el trabajo. Encima de la mesa, o en algún cajón del escritorio.

—No. Nunca lo dejo ahí —afirmo, pero cada vez con más dudas.

—¿Otro momento del día en que lo hayas usado? —pregunta Ali.

—Contigo. Cuando te propuse comer juntas —recuerdo.

—¿Y volviste a meter el móvil en el bolso? Piensa...

La imagen viene a mi mente. Apareció Marina otra vez reclamándome unos informes para Obelix. Y me veo a mi misma dejando el teléfono a un lado, en el escritorio. Moviendo unos papeles de un lado a otro de la mesa, y sepultando el aparato bajo un fardo de documentos. ¿Cómo pude olvidarlo así?

—Tengo que volver a la oficina. —Alicia me observa, divertida por mi despiste—. Está encima de mi mesa.

—Pues... tú al tuyo y yo al mío. Vamos.

Después de la charla con Ali, es el turno de enfrentar a Álex. De vuelta a recoger mi Smartphone, divago caminando y pensando cómo. No quiero que use a Alicia para acercarse a mí. Y ya no tengo tan claro que no quiero que lo haga. Mi hija, con su opinión, me ha hecho reflexionar, poniendo en la palestra la memoria de su padre. Es probable que tenga razón, no querría verme así. Y debo reconocer que ese hombre me gusta y me provoca. Que me atrae con su sonrisa y su caballerosidad. Que, en realidad, no hay motivo para no intentarlo.

Y esos pensamientos me llevan hasta la puerta principal, donde Ramiro,

de contabilidad, que salía en ese momento, me saluda y pregunta qué hago a esas horas, si mi jornada ya finalizó hace rato. Va nervioso, llega tarde al café en el que ha quedado con sus suegros. Tras una breve explicación, paso y me despido, cordial, del compañero, que atiende al teléfono una precipitada llamada que le echa en cara el retraso.

Maldita tecnología, nos tiene controladísimos. No podemos vivir desconectados. Qué pena, y yo vuelvo a por él. No soy una excepción, ¡quién me lo iba a decir hace unos años!

Me planto un segundo rebelándome ante ello. Igual debería darme la vuelta y dejarlo ahí, mañana lo recupero y santas pascuas. Un merecido día de libertad. Pero, ya estando en la puerta, me arrepiento y continúo el camino marcado hacia mi mesa, en el tercer piso del edificio.

Cruelles

En la mesa de Lidia, unos informes han quedado fuera de su lugar. Marina, a punto de marcharse, repara en ellos y los toma, decidida a devolverlos a su lugar. No es su trabajo, pero no quiere dejar material desordenado. Desde luego, es quizás el peor día que recuerda de Lidia, nunca había estado tan despistada.

Suele tenerlo todo muy controlado. Sonríe. Otra cosa que mañana podrá echarle en cara. No es fácil encontrar errores en sus trabajos, así que tiene que aprovechar la más mínima oportunidad.

Piensa, así mismo, en dejar caer ese desliz ante Obelix, que sepa que su insuperable Lidia también comete fallos y no es la perfección personificada. Al levantar los papeles, lo ve. El teléfono móvil de Lidia, ¿es posible que lo haya dejado olvidado? Los deja de nuevo sobre el escritorio, al otro lado, y toma el Smartphone entre sus manos. Se sienta en la silla, pinta interesante. No hay nadie cerca, ya casi todos se marcharon. Inspecciona el aparato, es un modelo algo anticuado, pero funcional. Toquitea la pantalla y sonríe ante su hallazgo. No tiene puesto ningún sistema de bloqueo, ni patrón, ni contraseña... Puede moverse tranquilamente entre las diferentes aplicaciones instaladas.

En primer lugar, abre su galería fotográfica. Fotos de su hija y yerno, el día de su boda. Sí, recuerda que fue hace poco. Algunas más de comidas familiares, alguna de un cumpleaños. Su cumpleaños. ¡Vaya! Resulta de Lidia cumplió cuarenta y cuatro el diecisiete de marzo. O al menos, en esa fecha lo celebró. Pues se conserva muy bien, piensa, apenas le echaba un par o tres de años más que ella, y le supera en casi diez.

Después, abre WhatsApp. Vaya, ¡esto sí es una sorpresa! El descubrimiento vale millones. Un Chat con Álex. Y succulento. Había pasado el día elucubrando teorías al ver llegar a Lidia en el coche de él, pero, siendo sincera, y conociendo un poco a esa mujer y su vida de monja de clausura, no imaginaba que fuera algo relevante.

Esos mensajes dejan entrever mucho más de lo que ella imaginaba. Y los últimos, que ni siquiera ha visto la propia dueña del teléfono, son los mejores.

Una oleada de rabia sube desde el centro de su interior hacia fuera. Acaba de descubrir que Álex y ella han pasado la noche juntos, y que está enamorado de verdad. Imbécil. No es justo, es un factor básico en su ascenso hasta el cargo que pretende. Es uno de los cuatro implicados en la selección del equipo que tienen que preparar para la delegación que abrirán el próximo invierno. Dos ya están convencidos y tiene sus referencias. Otro de ellos, es mujer, y no tiene una buena relación con ella, así que asegurarse ser seleccionada pasaba por él.

Sin remordimientos, borra en el chat los tres últimos mensajes, los que Lidia no ha tenido oportunidad de leer.

—Corazón que no ve, corazón que no siente —recita en voz alta, sin darse cuenta.

—¡Marina! ¿Qué haces? ¿Aún trabajando? — Álex es quien, precisamente, tenía que aparecer en ese momento. Extrañado por ver a Marina sentada ante la mesa de su Lidia. Sospechoso, cuanto menos.

—¡Álex! ¡Qué susto me has dado! —reza ella por el que no haya visto su maniobra. Sería muy contraproducente para sus intenciones.

—¿Qué escondes ahí detrás?

—¿Yo? Nada... Nada de nada. ¿Qué quieres decir con eso? —Molesta por las insinuaciones de él, siente que sí ha visto más de lo que pretende admitir.

Aprovecha el coger los archivos y suelta de la forma más discreta que puede, el teléfono sobre la mesa, dejando una de las carpetas ahí de forma deliberada, para que no quede expuesto. Evitando unos ojos que la miran con desconfianza, se pone en pie.

—Hoy Lidia ha dejado esto hecho un desastre. Mira, estos documentos deberían estar ya archivados. Le dije que lo hiciera antes de marcharse, y nada. Aquí mismo los ha dejado. No entiendo cómo te gusta tanto trabajar con ella.

—No suele dejar su escritorio así, y lo sabes. Por lo general, es mucho más ordenada que tú, así que menos quejas. —Álex se muestra molesto por el ataque deliberado y gratuito, y responde directo y sin titubeos. Sabe que algo trama, y no soporta esas críticas injustificadas de Marina. Lidia sobresale en muchas cosas, su trabajo es casi siempre impecable, cosa que ella debería tomar más en cuenta, y, sobre todo, tras presentarse como candidata para gestionar la nueva sucursal en el centro de la ciudad—. En lugar de criticarla deberías aprender más de ella.

—Sí, claro. Ella sí sabe lo que hay que hacer para conseguir ese puesto. O más bien, qué hacer para que tú no me lo des a mí.

—¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto loca o algo? —presagia que hay algo más en sus palabras, algo más que su habitual cinismo.

La mente de Marina marcha a mil por hora. Si sabe jugar sus cartas, podría conseguir su objetivo, solo debe aprovechar la información que tiene. De contabilidad se abre una puerta y sale Ramiro, un don nadie que se dedica a las cuentas y que, en alguna ocasión, a pesar de estar comprometido, se le ha insinuado. Otro perdedor que no sabe que, sin nada que ofrecer, no va a obtener nada de ella.

—Buenas tardes, Ramiro. Hasta mañana — dice subiendo la voz para que Álex sepa que no están solos, y da un paso atrás para separarse de él.

Álex, de espaldas hasta ese momento, se gira para saludar al compañero y despedirse como la buena educación manda. Es un buen tipo, trabajador, organizado, un pilar dentro de la empresa, aunque no lo suficientemente valorado como se merecería por la dirección. Aunque eso va a cambiar.

—Acabamos por hoy. Mañana, más y mejor, ¿verdad Álex?

—Por supuesto. Sobre todo, si contamos contigo.

Encajan las manos y Ramiro se marcha hacia los ascensores. Distráido como estaba, Álex no se ha percatado del avance de Marina, que casi lo ha acorralado contra la mesa de Lidia. Al entrar este último en el ascensor, la mujer continúa con su plan.

—Bien, querido. Ya sabes que las relaciones no son el plato fuerte de Lidia, podría tener problemas. Verse en el centro de todos los comentarios.

—Eres una maldita bruja. Ni se te ocurra hacer o decir nada que la ponga en entredicho — escupe rabiando Álex ante las palabras envenenadas de Marina—. Eres peor persona de lo que me imaginaba.

—Si se enteran, será una pesadilla para ella. Te conviene que me vaya lejos. —Marina usa un tono cariñoso, cerca de su oído, y acariciando el pecho de Álex, que, quizás por la sorpresa de los acontecimientos, es incapaz de reaccionar—. Creo que no hace falta que te diga lo que quiero que hagas a cambio, Cariño.

Con el último “cariño”, Marina toma el lóbulo de la oreja de Álex y lo mordisquea de manera sensual, apretándolo contra su cuerpo escultural. Cualquiera otro estaría encantado con tenerle tan cerca, piensa ella, pero lo único que ese hombre le transmite es una enorme repulsión. Aunque no se aparta, de momento.

Álex siente el mordisco de Marina. En su mente, en lugar de apartarla, piensa en cómo traicionarse así. No es la persona en la que tenía pensado en primera opción. Ella aprovecha y juguetea ante su turbación con la corbata. Ramiro es el ideal para ese puesto. Es quien propone, y no puede cambiar, así, de repente, de parecer.

—¿Qué opinas? ¿Puedes hacer eso por mí? — Cada vez su actitud es más cariñosa, abraza su nuca y enreda las manos tras ella. Deja de susurrar para hablar a viva voz—. Es algo muy sencillo. Haz eso por mí y yo haré cosas por ti. Soy buena, te va a gustar.

Álex no entiende nada de esta nueva actitud, pero recupera el sentido común y aparta las manos de Marina de encima de él. Marina esboza una tímida sonrisa, dirigida a algo detrás suyo.

—¿Qué pasa aquí? —acierta a preguntar, perdido por completo.

—No, no os cortéis por mí. Enseguida os dejo. —reconoce la voz que viene de su espalda, es la voz de su amada Lidia. Puede notar su turbación y la desilusión en las palabras que está pronunciando—. Si me dejáis un momento, por favor. Tengo que coger algo. Y si podéis seguir con lo que estabais haciendo en otro lugar que no sea mi escritorio. Es repugnante. Bien os habéis divertido a mi costa.

—Lidia, ¡espera! —Lidia no espera, con lágrimas en los ojos revuelve los papeles que hay sobre su mesa y localiza el teléfono móvil. Sin decir nada más, y sin escuchar las suplicas de Álex, toma el ascensor. Abajo, en la calle, para un taxi y, antes que Álex pueda alcanzarla, se marcha.

Por el espejo de atrás puede verlo en la calle, dando patadas al aire, enojado por, seguramente, haber sido descubierto.

Despertar del sueño

Llevo cuatro días encerrada en casa sin acudir a la oficina. No quiero ver a Álex. Después de aquella tarde en que vi a Álex con Marina, llamé y me fingí enferma. No estoy con ánimo de enfrentarlo. Duele. Duele mucho, pero ya no puedo retrasar más la vuelta al trabajo. Mañana será un día duro y complicado, con todos los fantasmas revoloteándome alrededor, clavándome sus puñales.

He perdido la cuenta de las llamadas sin contestar, de los mensajes que no he leído, hasta que me atreví a bloquear a Álex. Debo volver a la seguridad de mis muros, detrás de una puerta cerrada sin timbre, para que nadie llame. Estaba yo en lo cierto, no valía la pena abrir un corazón roto para destrozarlo y romperlo en aun más pedazos.

Se abrió la caja de pandora de las heridas viejas y de las nuevas, que se mezclan y confunden en mi interior. Me aplastan. Ali ha intentado interceder, pero ella no estaba allí, no sabe lo que vi y escuché. No es tan fácil como lo pinta.

—Tengo que hablar contigo. —Una llamada desde el teléfono de Ali, pero no es Alicia. Otra vez se está entrometiendo.

—Lo sé. —Me armo de valor y reacciono. No hubo suerte. O sí.

—¿Quieres dar un paseo por la playa? Puedo pasar a recogerte cuando me digas. —Su voz penetra en mis sentidos, ¿por qué mi propio cuerpo se revela ante mi mente? Me embriaga su timbre.

Está claro que sabe lo que pasa, ha hablado con Ali, ella ha hablado varias ocasiones conmigo, la seriedad en su voz y un tono que exhala preocupación le delatan. Como torpes aprendices de Cupido, me han explicado su versión. Si tengo que ser sincera, veo a Marina muy capaz de una estrategia de tal magnitud para conseguir sus propósitos. Pero no me fio. Ya no puedo confiar en él.

Es más seguro y conveniente para mí mantenerme aislada, lejos del mal llamado amor que solo me trae dolor. Una vez tras otra. Cada vez más. A pesar de todo, deseo su cuerpo sobre el mío. ¿A quién pretendo engañar? Solo a una persona... y no es que lo consiga.

—Déjame explicarte que todo fue una trampa tejida por esa bruja. Un malentendido. —Su voz penetra en mis sentidos, mis oídos han decidido hacerme sabotaje—. Sigo pensando lo que te escribí aquel mismo día, pero

nunca me has respondido.

—No tengo idea de que me hablas.

—Te decía que estar contigo era un sueño hecho realidad. Que quería repetirlo, que deseaba que tú también lo quisieras.

—Yo no recibí nada de eso, estas confundido. Lo enviarías a otro número.

—¡Venga ya! Te los envié esa misma tarde, apenas una hora antes de que... volvieras... ¡por tu teléfono!

—Voy a colgar, Álex. Y dile a esa traidora que tienes al lado que también estoy muy enfadada con ella.

—Antes de colgar, escucha... ¿Sueles bloquear tu móvil?

—¿Qué intentas? ¿Qué pasa ahora? No, para que... —le respondo a su pregunta—. No hay nadie para leer mis mensajes, no tengo que salvaguardar mi intimidad.

—Pues creo que alguien esa tarde accedió a tu teléfono. Y lo puedo demostrar, porque en el mío esos mensajes aparecen como entregados. ¿Me acompañas a dar un paseo por la playa? Puedo pasar a recogerte cuando me digas.

—¡No! ¿Hasta cuándo seguirás insistiendo? ¡Qué manía con la playa! ¡Odio la arena!

—Muy fácil, hasta que aceptes. —Creo poder sentir en su voz que no va a cambiar de opinión. Cuelgo, sin despedirme. Acabará por rendirse.

Debo ocupar mi tiempo en algo que me permita distraer un poco la mente, así que me dirijo a la cocina y miro en el interior de los estantes. Me apetece un té, así que cojo una taza del armario y lleno de agua hasta casi rebosar. Mientras busco los sobrecitos, da vueltas en el interior del microondas, hasta que burbujea.

¿Será verdad lo que me ha insinuado? ¿Es posible que alguien hubiera accedido a mis mensajes? ¿Realmente quiere esa mujer hacerme tanto daño? ¿Por qué? Hasta donde puedo imaginar, me resulta muy extraño, pero debo confesar que hay una motivación por su parte. Ese ascenso lo codician varios. Con la taza en las manos, sintiendo el calor que me transmite, doy vueltas por mi casa hecha un lio.

Llego hasta la entrada, en mi periplo de camino automático. Hecho un vistazo a la fotografía en blanco y negro, frente a mí, junto a la puerta. Busco la inexistente aprobación de un muerto, en que estoy pensando. Si cierro los ojos, son las manos de Álex las que me acarician. Soy incapaz de distinguir

mis sentimientos, no sé si es recuerdo, o añoranza, lo que siento, o algo nuevo, ¡a saber qué es lo que se está asentando en mi interior confuso!

No puedo dejar de pensar en que cuando habla y se acerca, me hipnotiza con su mirada, clavada sobre mis labios. Y en su sonrisa, seductor y convencido, con esa seguridad tan suya y que tanto provoca.

Rememoro cómo enlaza con su mano mis dedos, como la electricidad fluye de uno a otro cuerpo, desbocada. Recuerdo nuestras respiraciones que se complementan, igual que nuestros cuerpos enredados. No hay escapatoria ante el deseo de besarle. No tengo opción, no mando yo. Me atrapa.

Con el último sorbo de té, tomo una decisión. No voy a evitar por más tiempo enfrentarme a mis miedos, y, sin duda, es mejor que lo haga antes de incorporarme mañana y ver su cara y la de Marina en la oficina. Vuelvo la vista hacia la fotografía de mi amor perdido, mi único amor. Ha llegado el momento de empezar a andar. Me disculpo en silencio y le mando un último beso.

Él siempre será él, pero su tiempo acabó hace ya demasiado.

Dejarse llevar por primera vez

Lidia se aparta de sus caricias, que queman y encienden su cuerpo ya en llamas. Pensaba que estaba enfadada, pero no es eso lo que siente cuando lo tiene a su lado. Tenerlo cerca la hace flotar.

—No me tengas miedo, Lidia —susurra mientras entierra los dedos entre sus cabellos desordenados—, no vengo a tu vida para ponerla patas arriba por un capricho. Llegaré hasta dónde quieras, o hasta dónde me dejes llegar. No temas, por favor.

Álex besa suavemente el hombro derecho de una Lidia relajada y tendida a su lado sobre la toalla. Aunque todavía hace frío para bañarse, la temperatura es ideal para pasar un rato. Apenas hay nadie, sólo unos pocos paseando por la orilla del mar, y aún menos son los sentados en la arena. Ella no suele acercarse en verano, las aglomeraciones de gente, toallas y parasoles la incomodan, y no soporta estar mucho tiempo bajo el sol. Él, en cambio, es capaz de pasar horas entre el sol y el agua del mar, le revitaliza, sin duda el verano es su estación favorita. Y la playa, el lugar ideal donde pasar el calor, a remojo.

—Me alegra que hayas accedido a venir a la playa conmigo, ¿eso es que ya me has perdonado?

Tras poner las cosas en claro, parece que una nueva Lidia, más relajada, se muestra ante él. Mucho mejor de lo que esperaba. ¿Es posible que esta vez hayan conectado?

—Todavía lo estoy pensando —responde escondida tras el valor que le infunden las gafas de sol. Álex observa con adoración a la mujer recostada a su lado, vestida con una camisola larga que apenas tapa la mitad del muslo, y quizás por ese motivo se atreve a acariciarlo, muy lento, llegando justo al punto hasta donde cubre la suave tela de gasa.

—Te quiero. Lo sé. —Ella observa la mano en su cuerpo, pero no la aparta, cosa que parece envalentonar a su acompañante—. Y te lo advierto ya, iré a por más. —Ante la permisividad que adivina en ella, bajada su guardia, él acerca peligrosamente sus labios a los de ella. Los atrapa apenas unos segundos que aprovecha al máximo para succionar y morder el labio inferior que le vuelve loco.

—Eso está por ver. —Unos ojos brillantes le sonríen a través de los cristales oscuros, a la vez que ella lo aparta de su boca, de una forma casi seductora.

—Bueno, recapitulemos. Desayunas conmigo muy a menudo, casi a diario. Hemos dormido juntos en una ocasión, y déjame remarcar que yo quisiera repetirlo. De ese punto, por cierto, deberíamos hablar, luego, algo más tarde —hace un mohín, y suspira de manera falsa— Vienes a la playa conmigo...

—¡Es la primera vez que te acompaño a la playa! —le corta, tapando con la mano su boca, con dos motivos, el primero que deje de hablar, el segundo evitar que profundice el beso con el que de nuevo le ataca, mano que él atrapa y besa en el dorso. Desde fuera, en su comportamiento, se adivinan los típicos juegos entre enamorados.

—¡Tú lo has dicho! El primero, pero de muchos. —Es más un ronroneo que un susurro—. Necesito darme un baño.

Álex se quita los pantalones, debajo lleva un bañador ajustado, una especie de bóxer de licra que deja poco a la imaginación. La camiseta va después, dejando al descubierto su torso y, por ende, la cicatriz de su pecho, y ambas prendas quedan dobladas cuidadosamente sobre la enorme toalla que comparten.

—¿Traes bañador? ¿en esta época del año te vas a meter en el agua? — Lidia se sorprende, ella desde luego no trae su traje de baño, ni se le había pasado por la cabeza, de hecho. Para ella, el vestido que lleva puesto ya es excesivamente corto, pero pensó que, ya que iban a tomar el sol, que menos que coger algo de color en las piernas—. ¡Vas a coger una pulmonía!

Sin hacerle caso, tan solo un leve movimiento de cabeza, él se acerca a la orilla del mar y se adentra de manera lenta, pero con seguridad, avanzando hasta que el agua le cubre hasta casi la cintura, momento en que se zambulle y desaparece de su vista. Por unos segundos Lidia observa a lo lejos, sin encontrarle, aunque no tarda en aparecer, braceando en el agua. Durante unos minutos le observa nadar, hacia el fondo, hasta que él toma el camino de vuelta, acercándose de nuevo a ella, temblando.

—Hay otra toalla en la bolsa, pásamela rápido, ¡qué fría estaba el agua!

—Toma. —La encuentra en el interior y se la lanza, no tarda ni dos segundos en envolverse y sentarse al lado de la mujer, que le mira entre embelesada y asombrada—. No sé cómo te has atrevido.

—Me encantan los retos, queridísima Lidia. Cuanto más difícil más me

interesa. —Le sonrío. No parece estar hablando solo del agua fría. Las gotitas se desprenden y caen junto a los pies de Lidia, tan fría que le hace temblar. O puede que no sea eso, sino lo que pasa por sus pensamientos difusos.

—Entonces, cuando consigues algo, ¿deja de tener interés? —Ella le sigue el juego de palabras, traspasándole con una mirada tan intensa que juraría le ha parado el corazón durante un segundo. "Por favor, no" se murmura a sí mismo.

—En ocasiones no es así. Hay cosas de las que ni quiero ni puedo saciarme. Tú, por ejemplo. Cada vez que te toco quiero más. Cada sentimiento que saco de ti me hace desear tener más.

—La curiosidad mató al gato, Álex.

—Sí, y el gato murió feliz y sabiendo, al menos. ¿Por qué te niegas? Me das un poco, y después te apartas. Es agotador y enigmático. Me mantienes sobre el alambre de continuo.

—No sigas por ahí. Lo estábamos pasando bien.

—Tan sólo confía en mí.

—No merezco ser feliz con nadie. Y ahora llévame a casa. —Ella se levanta, ¿en qué estará pensando? —. Quiero volver a casa.

El perfecto momento se arruinó. Para Lidia, la felicidad no es algo en lo que ella pudiera pensar. El segundo que se ha permitido para soñar se desvanece. El miedo la paraliza, una vez más. Era pasado, ni presente ni futuro. Sólo pasado. El arrepentimiento es un continuo recurrente a su mente llena de culpabilidad y duelo.

Álex se viste, aún mojado, y recoge en silencio las toallas que había dejado sobre la arena, bajo la atenta mirada de ella. Esa mirada de Lidia, que hace poco era ardiente y emanaba calor, ahora está fría, casi llorosa, se atrevería a afirmar. ¿Qué pasa por la mente de esa mujer, que le niega por sistema toda opción en cuanto se da cuenta que empieza a sentir algo?

En el coche y delante de su casa, después de un trayecto en silencio, como es habitual en ellos, se despiden. Despedida fría sin besos ni palabras de aliento ni una oportunidad a la que aferrarse para seguir luchando por ella.

—Sólo dime porque no lo mereces. Sólo eso. Necesito comprenderte.

—Fue por mi culpa que mi marido no siga aquí. —Las lágrimas acuden a sus ojos. Otra vez ya está por llorar. De nuevo las heridas sin cicatrizar. Ese dolor que parece que jamás va a desaparecer. El peso enorme que lleva sobre las espaldas. Su duelo no finalizado, en stand-by desde hace tanto.

Cuando desaparece en su portal, Álex toma el teléfono móvil y hace una

llamada.

—Alicia, por favor, contesta una pregunta, porque con tu madre no se puede hablar. Si viera otra opción no recurriría a ti, lo sabes. No me deja acercarme a ella. —Pone el *manos libres* para poder seguir conduciendo en dirección a su casa—. ¿Qué le paso a tu padre? ¿Por qué se culpa Lidia?

—Es un tema delicado para ella, Álex, muy doloroso. Lo pasó muy mal.

—Lo sé, pero no puedo. Cada vez que intento adentrarme en sus sentimientos se escuda en ello.

La chica toma aire al otro lado del aparato, dudando si revelar lo que ella sabe a su interlocutor.

—De acuerdo. Te diré lo que sé. Pero ya te advierto que no es mucho. Y tampoco me resultó fácil de averiguar. De hecho, no es por ella que conozco la historia.

La culpa que me persigue

Estaba olvidando todo, y me sentía bien su lado cuando los remordimientos han vuelto a tomar el control. Casi me atrevería a decir que me he sentido dichosa durante algunos minutos. Las yemas de sus dedos en mi cuerpo, acariciando lentamente mi piel, junto a los rayos de sol, parecían estar en sintonía perfecta. Me sentía volar, o planear fuera de mi misma. El cosquilleo entre las piernas se hacía cada vez más urgente.

No debería aceptar ni sus invitaciones ni sus besos. Le estoy engañando. Les estoy engañando, a ambos. Vuelvo la cara para mirar la fotografía, la única que sigue a la vista. Recuerdos. Tantos recuerdos, de la época más feliz de mi vida. La sombra de la culpabilidad se apodera de mí garganta y sollozo. Otra vez. Siempre será lo mismo. Siempre va a doler. Me abrazo al marco en un desesperado intento de sentirme mejor. No merezco felicidad ni dicha, nada que provenga de otra fuente.

«Lo siento tanto, amor. No debería haber sido así. No debería haber conducido yo. Mi guía, mi amor, me gustaría tanto salir de esta pesadilla. Ojalá no hubiera despertado ese fatídico día. Ojalá lo hubieras hecho tú en mi lugar. Tan sólo debería haber seguido durmiendo para siempre.»

Y ahora este hombre, terco y apasionado, quiere que sea feliz y que lo ame. ¿Cómo aceptarlo y no seguir con la penitencia que me impuse? Devuelvo el marco a su lugar, sus ojos atemporales me miran desde la fotografía, desde hace algo más de veinte años, impasibles. Una mirada eterna que se clava en mi alma. Y de forma mecánica pongo los dedos sobre sus labios y suspiro. ¿Querría verme así, sin energía, sin luz?

Alicia dijo que no, que su padre no querría semejante existencia para su amada. Que desde donde esté no apoyaría eso y le disgustaría la persona fría y distante en la que me he convertido. Yo antes estaba llena de vida, era apasionada, me deleitaba en cada descubrimiento. Vivía, y eso fue lo que lo enamoró de mí con tan solo unas pocas palabras cruzadas.

Una ducha me dejará como nueva. Además de que psicológicamente, la necesito, tengo arena pegada por todas partes. No suelo ir a la playa y ahora recuerdo el motivo principal, me aburre y me desespera tanta arena.

En el salón, después de media hora, pues la simple ducha se transformó

en un baño reparador, me tumbo y cierro los ojos, quiero descansar. Quizás dormir un poco me ayude a recomponer los pedazos. Pero con los ojos cerrados todo es más confuso. A mi mente acuden imágenes mezcladas, recuerdos pasados y cercanos en el tiempo.

Álex se cuela en mis pensamientos con facilidad. Su cuerpo saliendo del agua, acercándose. Sus ojos, su boca, su sonrisa, sus caricias, su mirada sobre mí, todas las pequeñas cosas con las que me atrapa y derrumba mi coraza.

Cojo el teléfono para jugar al CandyCrash, cualquier cosa que me ayude a desconectar, a evadirme de la realidad. Algo que me evite continuar pensando. No quiero pensar más, y leer no es una opción, no puedo concentrarme.

ÁLEX: Quiero verte. Deseo ver tus ojos brillantes, esos que sólo aparecen en contadas ocasiones, cuando bajas la guardia. Los ojos que me enamoran en cada ocasión un poco más de ti.

Mensaje típico de Álex. Sigo confusa y aterrorizada por lo que siento, y él continúa sin entenderlo.

Me debato entre contestar o no, en albornoz, mirando la pantalla. ¿Qué responder? ¿Qué se olvide de mí de una vez por todas? ¿Qué acabaré por hacerle daño porque no voy a quitarme la sombra que me persigue? ¿Qué me gustaría poder corresponderle, pero algo más grande me impide hacerlo? Estaría traicionando su memoria. Por mucho que quiera, no debo, no lo merezco.

Llaman al timbre. Y yo en albornoz. Ni me inmuto, no me apetece hablar con nadie. Si es algún vecino que necesita sal o leche que baje al colmado de la esquina, que está abierto hasta las tantas.

Vuelven a llamar. Me acerco sin hacer ruido, para ver por la mirilla quién es tan insistente.

¡Álex! Abro la puerta y ahí está, plantado con los ojos bajos. Conforme ve la puerta moverse sube la mirada y la pone sobre la mía. Tiene algo escondido detrás, es una rosa de color rosa pálido. No entiendo de flores, si por casualidad tiene un significado, lo desconozco.

—¿Hay espacio ahí dentro para un estúpido?

—¿Dentro de dónde? —me atrevo a preguntar, sin pensar, y recuerdo la última ocasión en la que me presenté en albornoz delante suyo, envalentonada por su arrepentimiento.

—De tu hogar, de tu corazón, como seas capaz de aceptarme a tu lado.
—Tiende la mano y sonríe, acercando la rosa

—¿Entonces vas a dejar de hacer preguntas? —Cojo la flor y me la acerco al rostro, para sentir su delicado aroma.

—Si mantuvieras mi boca ocupada en mejores cosas, te lo aseguro... Es broma, ¡no, no cierres la puerta antes que pase! —Ríe y se adentra cerrando la puerta tras de sí. Dirige la vista a la fotografía que preside la entrada y la mira con curiosidad y respeto.

—Estás muy guapa en esa foto.

—Estoy muy joven en esa foto. Tenía veinte años. Es la última foto que tenemos juntos. No tenía idea de lo que se me venía encima. —Me mira extrañado, y yo no puedo creer que esas palabras hayan salido de mi boca. Espero un interrogatorio por su parte, le he dado algo con lo que elucubrar y sería el siguiente paso habitual en él, pero en su lugar me atrapa entre su cuerpo y la pared y besa dulcemente mis labios, tomando mi barbilla con el dedo índice.

—Estás más guapa ahora. Mucho mejor. Y el alboroz te sienta de maravilla. ¿Me vas a ofrecer algo para beber? ¡Estoy sediento! —Se separa de mí, accediendo a la cocina y dejándome libre.

—Tengo Coca-Cola en la nevera. —Le sigo.

—¿Algo con alcohol sería demasiado pedir?

—Lo siento —chasqueo con la lengua.

—¿Ni siquiera una botella de cava? —Hace ver que solloza, payaseando. Esas notas de humor tan suyas que me encantan.

—No suelo tener nada que celebrar. —Suspiro a su lado, observando como abre armarios, buscando.

—Pues yo sí, con tu permiso, claro. ¿Algo que prefieras? —me pregunta y niego con la cabeza—. Ahora vuelvo. Cogeré las llaves que están sobre el recibidor.

Vuelvo a sentir la calidez de sus labios sobre los míos, desatando una tormenta de deseo en mi interior. Se separa sin dejar de morder mi labio inferior durante unos segundos en los que parece que el tiempo se ha parado. Me deja en la cocina con la rosa en la mano y la respiración acelerada. Oigo el portazo y sigo parada sin reaccionar. Será mejor que me vista en su ausencia, no va a tardar en volver.

Me atrapa. Consigue destrozar con una mirada todo lo que llevo edificando durante años alrededor de mí. Debería alejarlo y sin embargo me sorprende deseando que vuelva y que me siga mirando de la manera que solo él lo hace.

Progresamos, es posible

Álex está de vuelta en apenas quince minutos, en los que nerviosa he repasado casi todo el interior del armario buscando algo que ponerme. Me decido, tras desestimar varias opciones, por unos shorts tejanos y una camiseta extra grande que a veces deja a la vista uno de mis hombros. Que no parezca que me he preocupado por lo que me ponía.

—Con cualquier cosa que te pongas estás arrebatadora, Lidia. Hasta con una simple camiseta. —Parece que, o bien lee mi mente, o tan evidente le resulta, que es capaz de saber lo que pienso.

Tumbados en el *chaiselongue*, descorcha la botella de *Chianti* que ha traído y lo sirve en dos copas. Lleva varios botones de la camisa abiertos, justo hasta donde empieza su cicatriz. Apoyo la cabeza en su pecho y acaricio esa extraña parte de su anatomía, mientras bebo un sorbo del vino. El tacto no es suave, pero me atrae y me provoca.

—No había probado este tipo de vino antes. —No es lo que realmente quiero saber. Pero no sé por dónde empezar. Después de lo poco que yo le doy, ¿cómo preguntar nada? —. Me gusta.

—Tengo buen gusto para el vino, entre otras cosas. Tengo el alma enóloga.

—¿Eres real? —Debo lanzarme—. ¿De verdad te parezco tan maravillosa, tan bella y tan "todo" cómo para que sigas aquí después de todos los desplantes y todas las malas caras? Después de todo lo mal que te he tratado.

—Punto uno, o me digas que detrás de esa fachada de mujer autosuficiente y liberada que vemos en la oficina hay inseguridad. Punto dos, no me tratas mal, sólo te defiendes porque aún no sabes que no soy un peligro para ti. Hablemos en serio, ¿te parece que seamos del todo sinceros?

Respira hondo y se pone frente a mí, con aspecto de entrar en un tema importante. El primer *round* comienza, lo siento por la cara seria y desconocida con la que me sorprende. Asiento. Quiero saber lo que está en su cabeza, ya basta de pensar solo en mis necesidades, mis miedos, mis faltas y mis dudas eternas.

—Me gustas mucho, y desde hace ya demasiado como para ignorarlo.

Al conocerte intenté hacerme notar. Muchos me recomendaron por aquel entonces que no perdiera el tiempo intentando llamar tu atención. Tú te escondías en tu torre de marfil personal, ajeno a mí, a todos, inaccesible. Seguí mi vida, me relacioné con otras mujeres, lo habitual. Quise sacarte fuera. Alejarte. No conseguí hacerlo. Todo lo contrario, busqué las maneras de pasar tiempo contigo. —Álex me muestra su alma, se desnuda por completo a mí—. Hace algo más de un año tuve un problema cardíaco. Una cardiomiopatía obligó a los médicos a ponerme en una lista para recibir un trasplante, a atiborrarme de fármacos y a dejar casi todas las actividades en las que ocupaba mi tiempo libre. Durante un año viví entrando y saliendo de hospitales, trabajando desde casa, a un rendimiento menor. En la empresa se portaron muy bien, fueron muy considerados teniendo en cuenta la situación. Desaparecí por completo, algo más tarde. En casi siete meses no pisé la oficina, y no te diste cuenta de ello. Fue el detonante. Casi pierdo la vida, y mientras, tú... — Habla deprisa, se calla y respira hondo, dolido —, tú... ni me conocías, ni sabías nada de mí, ni te importaba lo más mínimo mi existencia. Me di cuenta de algo: sin ti a mi lado, de todas formas, igual estaba desperdiciando la vida. No necesitaba un nuevo corazón para no usarlo. Tanto daba conseguir ese corazón. La fortuna puso en mi camino una segunda oportunidad, alguien murió, que de por sí es algo terrible, pero me cedía, generoso, este órgano vital que ahora late para mí. Me prometí y le prometí, al menos, usarlo bien.

A sorbos y en silencio, después de todo lo que acabo de escuchar, voy acabando el contenido de la copa. Sus ojos brillantes y su voz me catapultan a otro lugar, a su historia. Olvido el dolor y la culpa, me sorprenden sus palabras. No sabía lo de su enfermedad, ni me había percatado, está en lo cierto. No sabía nada. Seguro que hubo comentarios en la oficina, pero me dio igual, y si algo supe en su día, lo olvidé de inmediato.

Acaricia con suavidad mi espalda y no siento traicionar mis recuerdos. Hay tanta razón en sus pensamientos que, en esta ocasión, es mi corazón el que da un vuelco. Su oportunidad para una nueva vida está ahí, y Álex sí la está aprovechando. Con valentía.

Él apura su copa, y sirve de nuevo. Veo en su mirada que se prepara otro asalto, ahí viene el segundo round.

—Dices que no mereces ser feliz, y realmente parece que te lo crees. Pregúntate a ti misma, entonces, ¿Cuál es el motor de tu vida? ¿Qué te hace merecer tal castigo?

El miedo y los sentimientos disparan al centro de mi alma, dirigido el tiro a mi centro. Su mirada espera que alguna palabra emane de mi boca, que abro y cierro, presa de un dolor que quema y consume.

—Maté a mi esposo —consigo pronunciar—, acabábamos de ser padres. Fue mi culpa. Yo conducía, y tuvimos un accidente. Menos mal que Alicia no venía con nosotros. Ella ese día se quedó con los abuelos, por comodidad. Un favor del destino. Debería haber sido yo quien recibiera las consecuencias. Debo arrastrar esa pesada carga. —Es mi turno de desnudar el alma. Merece saber, se lo ha ganado a pulso.

—Eso es una locura, ¿no puedes culparte así por eso! ¿No te parece que ya está bien, que ya has sufrido bastante por ello? ¿No crees que tiene que llegar el día que te perdones y te permitas un poco de tranquilidad? —Al ver bajar las lágrimas por mi rostro se calla y las recoge con las yemas de sus dedos, besando cada centímetro por el que han pasado. Necesito estar entre sus brazos y le tiendo las manos, que enlazo tras la nuca, mientras hundo la cara en su pecho.

—No pude despedirme de él. Cuando desperté del coma ya llevaba más de dos semanas enterrado. Sólo supe que él estuvo consciente unas horas después del accidente y me vio dormida. Después tuvo una crisis, tuvieron que operar de urgencia y no lo superó. ¿Cómo se puede sobrevivir a algo así? Se suponía que era yo la que había quedado en peor estado tras el accidente. Se suponía que sería yo quien no despertaría. Sus informes eran más favorables que los míos.

—¿Y si en lugar de torturarte día tras día celebraras la segunda oportunidad que la vida te ha dado? —Levanta mi barbilla con sus dedos, acercando sus labios a los míos. Ya casi no concibo su existencia sin su contacto vital.

Siento el beso más intenso de toda mi vida. Un beso como hacía muchísimo tiempo no había dado ni recibido. Un beso que parece no tener fin porque ninguno de nosotros se atreve a cortar. Un beso sanador que me abre cuerpo y mente tras una tormenta que lleva ya mucho activa, demasiado, y me catapulta ante una nueva existencia. Y Álex es la pieza clave del cambio.

Amar

—Es bonito lo que me haces sentir. Me gusta. Pero no sé amar. No sabré actuar, te haré desgraciado. Soy un día, gris, y al otro, negro. A veces despierto en la cama con un peso enorme sobre mi espalda. Un peso que no soporto. —Las palabras me salen de dentro, se agolpan en mis sienes, me duelen—. El pasado... Álex, no debería...

—Lidia, escucha. Solo tienes que ir hacia adelante. Vuelve la vista atrás, si quieres. Para avanzar se debe tener muy claro de dónde se parte. —Niega con la cabeza y con sus palabras, las mías.

—Me quedé sin fuerzas aquel día. Cuando desperté y me comunicaron que lo había perdido para siempre... ¿Para eso había luchado? ¿Para volver a un lugar en el que ya no existía un nosotros? Quise morir en ese instante. Solo Alicia consiguió que me pusiera en pie. Solo por ella, porque me la trajeron al hospital y la pusieron en mis brazos a pesar de mis negativas a sostenerla. Tan pequeña, tan delicada y frágil. Me necesitaba.

Apoyo mi cabeza en su pecho, escuchando el corazón que palpita en su interior. Está tan vivo, tiene tantas ganas de amar, que su ritmo me embriaga y acuna. Cierro los ojos, exhausta.

En silencio, Álex acaricia mi espalda. Nuestras copas vuelven a estar vacías. En la botella, muy poco líquido queda.

—Te he esperado mucho tiempo. Puedo darte más, si es lo que necesitas —susurra en mi oído, sus palabras me producen un cosquilleo cerca de la nuca.

—No quiero hacerte perder el tiempo. Tú estás preparado para todo lo que te propongas. A mí me asusta incluso ver el deseo en tus ojos.

—Mírame, Lidia. —Con sus brazos me sube a horcajadas sobre su cuerpo, obligando a mantener los ojos fijos en los suyos, esos ojos suyos de colores. Aparta mi cabello y lo sujeta en la nuca, erizada con su contacto sutil.

—Tienes unos ojos preciosos, no me pongas tan difícil las cosas —confieso, sentada sobre él. Me hipnotiza con ellos, ese debe ser el motivo que consigue de mí todo lo que quiere, aunque intente evitarlo.

—Heterocromos. Varios colores en un mismo iris, que dan un aspecto

diferente según la luz o los colores que lo complementen alrededor.

—Me da igual cómo se llaman —confieso con voz trémula y mente turbada—. ¿Sabías que me encantan?

Me acerco con suavidad a su boca, y me dejo guiar por el ritmo que me marcan sus labios. Sin duda el vino me está haciendo efecto, siento flotar mi entendimiento y mis reservas se funden, las siento desaparecer.

—Prometo traerlos conmigo siempre, en ese caso. Escúchame Lidia, déjame hacerte el amor esta noche —murmura sobre mi piel, rozándola con la lengua mientras juega con mechones de mi cabello—, y repetir mañana. Y al otro, también.

Allí mismo, sobre el sofá de mi salón, empezamos a despojarnos de lo que nos sobra, que no es solo la ropa. Quizás ha llegado la hora de aparcar miedos, dudas y recuerdos. Cerrar los ojos y la mente para ceder la batuta al corazón.

Álex y yo pasamos mucho tiempo juntos. El dolor desaparece a su lado, su sonrisa me obliga a desear vivir con todo lo que ello conlleva. Ha sabido con paciencia apartar la nube negra en la que me escondía y me sentía atrapada.

Se abre la puerta del baño, dejando paso al hombre que me ha salvado y sacado del agujero en el que estaba escondida. Envuelve su cintura con una toalla minúscula que apenas logra tapanle unos centímetros de carne alrededor de la cintura.

—Tengo alguna toalla más grande en el baño —le increpo fingiendo molestia—, mira como me estás poniendo el suelo.

Multitud de gotitas de agua resbalan por su piel, cayendo desordenadas desde sus piernas a sus pies desnudos, y finalmente a la madera del suelo de mi dormitorio. Él las mira caer, divertido, y agita la cabeza para que todavía sean más las que se desprendan de su cuerpo, llegando alguna incluso a las sábanas blancas. A veces actúa como si fuera un adolescente, ¿Será porque el corazón que late para él era de alguien más joven? Me dijeron en su día, que antes de morir, mi amor perdido dejó por escrito donar sus órganos, y que también firmó una orden para que se hiciera lo mismo con los míos, si empeoraba o no despertaba jamás. Sueño desde entonces que alguien vive gracias a su generosidad y, en cierta forma, una parte de él dio la vida a otras personas, al igual que pasó con Álex.

—Esperaba que me acompañaras, me he sentido muy sólo dentro de esa enorme ducha.

—Estaba al teléfono. Ali, que dice que la tengo abandonada. —Simulo un mohín como si realmente estuviera muy apenada, a lo que él reacciona acercándose a la cama donde estoy recostada y poniéndose sobre mi cuerpo.

Le espero mirando sus ojos bicolors fijos sobre los míos, hasta que su boca se sitúa a apenas un centímetro de distancia de la mía. Llega a mis labios y los toma entre los suyos, mordiendo y besando a la vez, implacable fuente de deseo de la cual beber.

—¡Ahora me estas mojando la cama, listo! Alicia quiere que le acompañe algún día a comer esta semana, ¿vendrás con nosotras? Podemos montar una cita de parejas e ir a algún lugar bonito.

—¿Solo yo estoy húmedo? Déjame comprobar algo, porque tal y como me estás mirando ahora... —Sus insinuaciones, y una mano que ha desaparecido debajo de las sábanas, me hacen sonrojar—. Me parece que no soy el único aquí. Claro que yo tengo la solución para tu problema.

Es un descarado. Y me gusta. Hace desaparecer todo resto de incertidumbre en mí sólo con su presencia. Definitivamente me tiene atrapada y he comprendido lo que me dijo en aquella primera cena a la que asistí con varios compañeros. Nunca es tarde para volver a vivir. El amor está a nuestro alrededor esperando a que lo descubramos.

—Un respeto a tus mayores —bromeo con él, mientras me provoca cosquillas en la cara interna de los muslos, al paso de sus traviesas manos.

—¿Respeto? Pero si yo te adoro, venero tu cuerpo como si de un ídolo se tratara. Me encantan las estrías que cruzan tu vientre, este pecho que desata mis más oscuros deseos, los labios que muerdo, ese lunar en tu espalda... y todo el resto, por supuesto. —Habla en susurros mientras me besa, despacio, serio, concentrado, como él bien sabe.

De esa forma que me hace perder el control y me seduce. Me tiene rendida, está claro.

Ha ganado la batalla y la guerra.

Fin

Agradecimientos.

A todos los que estuvieron ahí cuando empezó este sueño. A mis “Mamis de Diciembre”: Luisa, Mavi, Nerea, Estela, Carmen, Vanessa, Arancha, Rosa, Marta, Irune, Marga, María y Sara. Que un buen día me dijeron que debería escribir de verdad, y les hice caso. ¿Por qué no hacerlo?

A todos los que leyeron las primeras ideas, los textos pequeños, mis divagaciones de buena mañana, o las de altas horas de la madrugada. A mis chicas online: Salomé, Pat, Arihs, Nora y las Paolas. A mis sirenitas Paqui y Maite.

A todos los que han entrado a formar parte de este mundo, muy mío, muy nuestro, y que me animaron a perseguir mis sueños: Xosé, Román, Cecilio, Cristóbal, Alex, Mireia, Fran, Cristhian, Pablo y Eliot.

A todos los que siempre han estado en mi vida y en mis risas, mi familia. Todos, La lista sería larga y si menciono uno por uno, voy a tener que emplear más páginas de las que he usado para escribir esta historia, así que, mejor, corto y cierro. Ya está bien.